



ODHAG

Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala
6ª calle 7-70, zona 1, puerta #2.
Ciudad de Guatemala, Guatemala, C.A. 01001
Teléfono PBX (502) 2285-0456. Fax (502) 2232-8384
Correo electrónico: odhh@odhag.org.gt
Página web: www.odhag.org.gt

Coordinador General

Rodolfo Cardenal Quezada Toruño

Director Ejecutivo

Nery Estuardo Rodenas Paredes

Coordinador del Área de Cultura de Paz

Carlos Alarcón Novoa

Responsable del Componente de Memoria Histórica

Patricia Ogaldes

Investigación y redacción

Miguel Ángel Albizures

Diagramación

José Santiago Murga

Impresión

Centro Impresor Piedra Santa

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra, sin fines de lucro, por cualquier medio, citando la fuente y el autor.

Índice

Introducción	1
Gustavo Adolfo Bejarano.....	3
José Julio Cermeño Reyes.....	7
Rubén Amílcar Farfán	13
José Luis Jácome Pinto.....	19
Manuel López Balán.....	25
Mario López Larrave.....	33
Mario Rolando Mujía Córdova.....	37
Antonio Obando Sánchez.....	45
Sonia Oliva	53
Manuel René Polanco Salguero.....	59
Pedro Quevedo y Quevedo.....	63
Rodolfo Ramírez.....	67
Álvaro René Sosa Ramos	75
Jorge Luis Serrano	83
Amancio Samuel Villatoro	89
Florencia Xocop Chávez	95
Bibliografía.....	108

Introducción

“...salen de sus celdas. Se dan la mano, sonrían. Les leen la sentencia, les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas, les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero y les ponen una mortaja blanca como la túnica de los catecúmenos cristianos... abajo la concurrencia sentada en hilera de sillas delante del cadalso como en un teatro... plegaria es el rostro de Spies, firmeza el de Fischer, orgullo el de Parsons, Engel hace un chiste a propósito de su capucha, Spies grita que la voz que vais a sofocar será más poderosa en el futuro que cuantas palabras pudiera yo decir ahora... los encapuchan, luego una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos cuelgan y se balancean en una danza espantable...”

José Martí
(Corresponsal en Chicago de "La Nación" de Buenos Aires).

Así relata José Martí el momento de la ejecución de los mártires de Chicago aquel aciago 11 de noviembre de 1886; uno podría decir al recordar aquellos años trágicos de Guatemala, casi cien años después, que la muerte acechaba a los sindicalistas, que los broncos cruzaban a toda velocidad las calles y las bestias con cara de hombres, lentes oscuros y escuadra en mano, vigilaban sus pasos. Era el desgarramiento en vida, el estruendo de las armas, el aullar de las sirenas y el "última hora, última hora" de un radioperiódico que anunciaba el último secuestro o asesinato a tiros del o la compañera de infortunio.

Casualmente los mártires de Chicago fueron acusados un 21 de junio, el de 1886; 94 años después serían secuestrados y desaparecidos 27 sindicalistas de la Central Nacional de Trabajadores (CNT), que ni siquiera gozaron de un juicio viciado como el de Chicago, sino cayeron víctimas de una orden de las más altas autoridades.

Era la época en que se decretó persecución y muerte a la inteligencia y a cualquier actitud de protesta, de expresión contraria a quienes detentaban el poder o resistían a las políticas represivas contra el pueblo. Se trató de un drama humano que la sociedad en general ha evadido enfrentar y que se convierte en un grave y complejo problema que debe ser asumido por la sociedad entera, involucrándose para resolverlo; un “nudo a desatar”, especialmente con la participación de las autoridades y las instituciones relacionadas con el tema, en una muestra de voluntad de cambio y de afrontamiento.

“Me conformo con una estrella para soñar y no desistir hasta encontrarte”. Esa frase, que refleja la esperanza inquebrantable de una madre, fue colocada en una manta que leían una y otra vez quienes participaron en un acto público de denuncia por las desapariciones forzadas, una realidad que por años ha golpeado a millares de familias.

Hoy se trata no sólo de retomar la bandera de la búsqueda de desaparecidos, la verdad y la justicia por los crímenes que se dieron y que fueron escalofriantes, sino también de dignificar la memoria de los caídos, de hacer un homenaje a quienes representan esa lucha por la construcción de la otra Guatemala que aún no vislumbramos.

En este pequeño trabajo queremos dignificar la memoria de los caídos, de aquellos que fueron asesinados a sangre fría, de quienes fueron secuestrados y desaparecidos y de aquellos que, habiendo estado en las garras de los criminales, lograron escapar con vida y han dado testimonio de lo que representaron esos años. Qué mejor que quienes se salvaron de la vorágine de la violencia estatal estén con nosotros y les estemos reconociendo su lucha y esfuerzo, en vez de llorar su muerte o su ausencia permanente de este valle de lágrimas en que convirtieron a Guatemala los artífices de la muerte.



Gustavo Adolfo Bejarano

Gustavo Adolfo nació en la ciudad de Guatemala, un 14 de octubre de 1950 en pleno apogeo de la Revolución. Era hijo de don Humberto Bejarano y de doña Gregoria Oscal. En 1969 se conoció con María Candelaria Saravia y dos años después decidieron unir sus vidas por medio del matrimonio y procrearon tres hijos: Fabio Orlando, Ana Luisa y Walter Adolfo, quienes en el momento de la desaparición de su padre tenían 7, 5 y 2 años, respectivamente.

La mamá de Bejarano estuvo metida en la lucha de las organizaciones para dar con el paradero de los detenidos desaparecidos y murió varios años después. Uno de los hijos no recuerda nada antes de los siete años y su esposa no sabe realmente cómo logró sacar adelante a sus hijos, sólo que pasó muchas penas en la búsqueda de él y del sostenimiento de sus hijos. A ella le afectó bastante en lo psicológico, pero principalmente por sus hijos quienes sufrieron mucho. Los niños no lograron relacionarse normalmente con otros infantes de su edad y les afectó sobre todo en los estudios. Tenía problemas porque la familia de él, en cierta forma, la culpó por la desaparición y por ello le costó tanto el sostenimiento de los hijos y la sobrevivencia personal.

Como en muchos otros casos de desaparición forzada, doña María debió hacer grandes esfuerzos para realizar los trámites para la pensión del IGSS¹, le llevó muchos años para recibir Q.222.00 mensuales que no le alcanzaban casi para nada, pues a pesar de que acudían al IGSS para tratamiento, la atención no era la mejor y las citas se las ponían muy lejanas.

Gustavo Adolfo Bejarano fue uno de los y las 17 sindicalistas y miembros de la Escuela de Orientación Sindical que, un 24 de agosto de 1980, fueron sacados violentamente del local del Centro de Retiros Espirituales de Emaús, en Palín, Escuintla. En esa época tenía 30 años de edad y era Secretario General del Sindicato de Trabajadores de la Compañía Industrial del Atlántico. Gustavo Adolfo era el principal sostén de la familia cuando fue secuestrado y, según su esposa, "sus hijos eran su adoración, no hubieran sufrido tanto si él no hubiera sido desaparecido. Ya hubieran terminado pues para él

¹ Instituto Guatemalteco de Seguridad Social.

eran todo". Según los testimonios, fueron rodeados por elementos del Ejército, detenidos violentamente y llevados con rumbo desconocido. Junto a ellos se llevaron también al administrador del centro. Fueron presentadas protestas por parte de la Central Nacional de Trabajadores (CNT) y especialmente el reclamo de Monseñor Ríos Montt, Obispo de la Diócesis de Escuintla. Días después apareció el cadáver del administrador, mas no así los de diecisiete sindicalistas que hasta la fecha permanecen desaparecidos.

Gustavo Adolfo se había iniciado joven en el movimiento sindical y se puede decir que era un obrero de pura sepa, que mantenía junto a otros una posición firme contra los abogados que trataban de dirigir la CNT y abiertamente manifestaba el papel de asesoramiento que deberían jugar. Bejarano fue la semilla que había quedado después de la huelga de 67 días que estalló en 1972 en la Compañía Industrial del Atlántico (CIDASA), en medio de la represión del General Carlos Manuel Arana Osorio, quien allanó centrales obreras. La huelga de CIDASA fue el inicio de una serie de movimientos sociales, luchas y protestas que se desarrollaron con fuerza a lo largo de la década de los años setenta. Después de esa huelga el sindicato fue destruido.

Fue con él, con Gustavo Adolfo Bejarano, con quien mantuvimos la relación y quien jugara un papel de primer orden en la reestructuración de la organización en 1975. Era un auténtico proletario, orgulloso de su estirpe obrera, desconfiado por naturaleza e intransigente hasta más no pedir, pues rayaba en la necedad y era difícil convencerle cuando algo se le metía en la cabeza. Muchas veces no tenía la razón, pero convencerlo de lo contrario costaba. Esa forma de ser, esa entrega, ese compromiso con su clase, ese amor al sindicalismo, pudieron ser los motivos que lo llevaron a la reunión de Emaús en la que se discutirían aspectos importantes para el futuro de los sindicatos que estaban siendo arrollados por la represión del Estado.

A pesar de las denuncias presentadas, de los datos que se han proporcionado y de lo que registra la misma Comisión Interamericana, este caso sigue en la impunidad y las familias en

espera de que algún día funcione el sistema de justicia. A su esposa, doña María Candelaria, lo que más le duele es “no haber vuelto a saber de él y ni siquiera encontrar sus restos para darles cristiana sepultura y visitarlo y llevarle flores”, pues también eso ayudaría a sus hijos a superar la falta del padre. A pesar de todo no pierde las esperanzas de saber qué fue de él, qué pasó, a dónde se llevaron a todos los detenidos desaparecidos, y cree que la apertura de los archivos puede dar luz para encontrarlos.

¿Qué dice la CIDH?

El caso de Bejarano está registrado en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos con el número 7,490 y, en su resolución No. 35/81, del 25 de junio del '81, la CIDH hace ver que “En comunicación del 10 de septiembre de 1980 se denunció a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos lo siguiente: que el 24 de agosto fuerzas de seguridad del Gobierno (detectives y personas del Ejército), bajo la dirección del subjefe de 2ª. División de Detectives de la Policía Nacional, Alfonso Ortiz, capturaron a 17 líderes sindicales. Los líderes estaban reunidos en la finca «Emaús Medio Monte», jurisdicción de Palín en el Departamento de Escuintla, de propiedad de la Diócesis de Escuintla. Las placas de dos de los vehículos utilizados en la operación corresponden a los números. P-78165 y P-78077. No se anotaron los demás números de otras placas debido al elemento de sorpresa de la operación”. Y que “Como en la captura de 27 líderes sindicales de la Central Nacional de Trabajadores (CNT), ocurrida en la sede de la misma, en esta oportunidad igualmente el Gobierno niega tener conocimiento de la acción y niega que está reteniendo a los trabajadores, contra toda evidencia concreta.” Que “dichas personas fueron conducidas a los garajes de la División de Investigaciones de la Policía Nacional en la zona 6 de la ciudad, en donde fueron torturadas bajo la dirección del nuevo Jefe de Investigaciones, Pedro Arredondo.”

Información hay, hilos que conduzcan hacia los responsables existen, falta voluntad política de las autoridades y especialmente del Ministerio Público para poner fin a 29 años de espera de miles de familias que, como la de Gustavo Adolfo Bejarano, no olvidan esos días trágicos que enlutaron a toda Guatemala.



José Julio Cermeño Reyes

Julio era uno de los principales dirigentes de la Federación Nacional de Obreros del Transporte (FENOT), y había dirigido importantes luchas en este sector reivindicando derechos de los pilotos del transporte urbano y de trailereros que también habían constituido sus organizaciones. Jugó un papel destacado desde el departamento de Organización de la Central Nacional de Trabajadores y del Comité Nacional de Unidad Sindical. Fue uno de los bastiones en la huelga de 1978, cuando se levantó la consigna "5 sí, 10 no", a la que se unieron diversos sectores sociales que hicieron retroceder a los empresarios en su objetivo de aumentar el pasaje del transporte urbano.

Se había ganado la confianza de los trabajadores y no sólo veía los problemas del transporte, sino que atendía otros sindicatos en la costa sur, entre ellos el del ingenio Pantaleón, en donde la represión se volcaba contra los dirigentes. Había estado llegando al ingenio Pantaleón, al igual que el licenciado Mario López Larrave, por los problemas que llevaron a los trabajadores de ese sindicato a unirse a la histórica marcha de los mineros de Ixtahuacán en 1977.

Ya con anterioridad había estado en la preparación y realización de la protesta que realizaron los pilotos del transporte pesado con quienes no se planificó un paro de labores ni una huelga, sino la colocación en fila de los trailers desde la altura del final del periférico hasta la carretera al Atlántico, todos yendo a vuelta de rueda y provocando una reacción airada de los dueños de los trailers, quienes se negaban a mejorar las condiciones de los trabajadores y quienes en no pocas oportunidades habían amenazado a los dirigentes sindicales.

Fue uno de los dirigentes quien a pesar de la situación permaneció en el país en condiciones difíciles de clandestinidad; sabía que le buscaban, llegaba poco a su casa y cambiaba constantemente de lugar de residencia. Había sufrido amenazas, pero continuaba yendo a la costa y tratando de mantener las organizaciones sindicales, cuando éstas ya habían sido fuertemente reprimidas y la mayoría de dirigentes, de casi todos los sindicatos, habían caído.

Cuando desapareció tenía 37 años de edad, cinco hijos con su primer matrimonio y dos con Floridalma Contreras. Según se sabe había viajado a Escuintla para tener una reunión con directivos del Sindicato de Trabajadores del Ingenio Pantaléon y de la Federación de Trabajadores de la Industria del Azúcar (FETULIA), que aglutinaba varios sindicatos de las fincas de esa región. Algunas versiones indican que fue capturado al salir de la reunión en Escuintla, otras que fue en Santa Lucía Cotzumalguapa. Floridalma dice que ella tenía varios días de no verlo y que supo de su captura varios días después a través de los miembros de la CNT.

A partir de ese momento se dio vigilancia y amenazas a sus hermanos que tuvieron que desplazarse y ella, por temor de represalias y protección a sus hijos, tuvo que abandonar la casa, porque también, según lo expresó, "la persecución que se dio en la colonia Sakerti fue bastante fuerte, secuestraron a otras personas comprometidas con el movimiento de pobladores y estudiantes. En poco tiempo fueron como 10 personas asesinadas. Era tal la situación que miembros de una de las organizaciones de la URNG le ofrecieron sacarla a México, pero tuvo desconfianza y prefirió cambiarse de casa, pues ya no estaba segura de nada y prefería resguardarse ella misma. Entre sus conocidos o vecinos sufrió las expresiones que descalificaban: "que por qué se había metido a cosas". Tuvo que alejarse de algunos amigos y cambiar de hogar. "Para mis hijos fue terrible, era imposible explicarles lo que pasó, el porqué de su ausencia".

Floralidma reconoce el trabajo que Julio realizó y es por eso que a ella "lo que le interesa es la dignificación de él, no el dinero, es reivindicar su lucha por la justicia, las cosas por las que luchaba y que son la razón de haberlo desaparecido."

Después del secuestro y desaparición de Julio sufrió los problemas económicos, de salud y educación de los hijos en la adolescencia, mientras que ella buscó un trabajo que tuviera relación con lo que él hacía, como una forma de reivindicar su memoria. Entró a trabajar en el Programa de Derechos de la Mujer, de CALDH, pues considera que su esposo merece un reconocimiento por todos los aportes que hizo a la sociedad y que a sus hijos les ayuda a comprender quién

fue su padre. Por ello se necesita dignificar su memoria y encontrar su restos para superar una etapa de la vida, ya que se vive con la incógnita permanente, con las expectativas de encontrarlo vivo.

Para Floridalma y para los hijos encontrar los restos ayuda a superar algo que no se supera así por así, no se acepta el hecho de la desaparición porque tanto afecta a la esposa como afecta a los hijos. Por eso para ella “Involucrarme en lo que él hacía, especialmente colaborar con sindicatos, me ayudó a superar en parte la situación, pero falta encontrar la verdad y la justicia, el saber qué pasó y por qué”, aun cuando para ella lo último está claro por el tipo de trabajo que hacía en defensa de los trabajadores. “Algunas veces me llegaron a decir que lo vieron, fui a comprobar al mercado de La Placita, era un hombre parecido a él, pero no era él. Así sucedió en varias ocasiones”.

Como en muchos otros casos, ella no presentó denuncia porque no se podía confiar en la policía, ni recurso de exhibición como se hacía cuando desaparecía algún sindicalista, porque tenían miedo, pues el secuestro y la desaparición de sindicalistas continuaban. El 27 de noviembre de 1983, como 15 días después de lo de Julio Cermeño, José Luis López Bran y Miguel Ángel Gómez, integrantes de la directiva del Sindicato de Trabajadores del Ingenio Pantaleón, fueron interceptados a eso de las seis de la mañana cuando salían del ingenio para tomar un bus y asistir a una reunión sindical. La acción la realizaron hombres armados, vestidos de particular que se conducían en vehículos con vidrios polarizados a los cuales los introdujeron. Ambos eran compañeros a quienes asesoraba Julio Cermeño y habían sido los que estuvieron con él en la reunión de Escuintla.

Según lo reporta la Comisión para el Esclarecimiento Histórico: “La noticia de lo acontecido se difundió con rapidez por las instalaciones del ingenio, llegando a la ‘ranchería’, donde vivían las víctimas con sus familias. Los familiares trataron de obtener información sobre el paradero de sus seres queridos, pero resultó en vano. Días después, miembros del Ejército registraron la casa de un familiar de las víctimas. Miembros del sindicato realizaron gestiones ante el Ministerio de Trabajo, el Ministerio de la Defensa y la Policía

Nacional de Santa Lucía Cotzumalguapa, pero nadie les dio explicación ni pista alguna. Luego de las desapariciones se realizó una asamblea con los sindicalistas que permanecían activos llegándose al acuerdo de que el resto de la comisión directiva debía abandonar el ingenio, porque existía el riesgo de que corriera idéntico destino.

En la costa sur se habían desarrollado importantes organizaciones que Julio atendía, pues se consideraba de vital importancia para todo el movimiento la organización de trabajadores agrícolas asalariados, tanto los rancheros, que vivían en los ingenios, como los cuadrilleros que en la época de zafra llegaban millares con todo y familia. Cermeño había colaborado en la gran huelga que se desarrolló a principios de 1980 y era uno de los que trataban de mantener los pocos sindicatos que sobrevivían a la represión del Estado y la ofensiva que los patronos lanzaron contra todo el movimiento, aprovechando la situación de indefensión en que se encontraban los trabajadores.

Por esa época, abogados y dirigentes que se habían salvado de la represión ya habían salido del país, y Julio Cermeño había viajado al exterior, pero había vuelto al país para continuar su trabajo con las organizaciones y finalmente fue otro más que engrosó la lista de sindicalistas detenidos-desaparecidos.



Rubén Amílcar Farfán

"De repente nos llaman a nosotras comunistas, subversivas, enemigas del Estado. Nosotras, mujeres que antes éramos trabajadoras, madres de familia y que estábamos sufriendo, que éramos víctimas de la violencia."

Rubén Amílcar Farfán nació en Jutiapa el 18 de octubre de 1944. Era hijo de Adela Farfán y Manuel Antonio. Era uno de cinco hermanos, y entre ellos Aura Elena Farfán, mujer comprometida en la búsqueda de los detenidos desaparecidos. Amílcar tenía 40 años de edad cuando fue capturado y desaparecido, era estudiante de la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC), trabajaba en los talleres de la Editorial Universitaria y era miembro del sindicato de esa casa de estudios.

A principios de la década de los ochenta Rubén Amílcar trabajaba en la Dirección General de Caminos y participaba en la organización sindical de esa entidad, en donde empezó a tener serios problemas de seguridad. Un día estando reunidos para tratar aspectos sindicales, entró la Policía Judicial y capturó a diez trabajadores, entre ellos Rubén Amílcar. Según su hermana Aura Elena, fueron conducidos a la estación de policía a la que acudieron los familiares de los capturados, en donde permanecieron hasta la madrugada exigiendo les permitieran verlos para asegurarse que no los desaparecerían.

Por ese tiempo el licenciado Raúl Osorio era Rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala y se hizo presente; también llegó un juez de Jutiapa, y a eso de las once de la noche les dijeron a los familiares que no se preocuparan, que tratarían de sacarlos libres. El juez les afirmó que "No les pueden hacer nada porque yo soy juez y ya tengo conocimiento de quiénes están aquí".

A eso de las seis de la mañana del siguiente día los sacaron. Aura Elena le preguntó a un guardia que estaba en la estación "¿a dónde se lo llevan? y él le dijo: "Mire, tranquila, ahorita los llevan a la judicial". Recordando esos tiempos Aura Elena dice que "En la judicial se mantenían unos hombres que de sólo verlos uno decía: 'Jesús, María. ¡Qué horror!' Llegué y decidí subir las gradas. Había

subido como seis o siete gradas cuando se me apareció un hombre que de sólo verlo a uno se le paraban los pelos, tenía unos bigototes así largos, feos, con una ametralladora. Me preguntó: '¿a quién buscas?', 'a mi hermano, le respondí'. 'Aquí está', dijo; '¿y cómo lo sabes?', le pregunté. 'Bueno, aquí está, aquí lo trajeron, lo acaban de traer. Pasa allá'. En ese momento me pasó con otros a quienes pregunté en dónde estaba mi hermano y me dijeron que ahí no estaba ninguno. 'Aquí está porque aquí está', les respondí".

"En eso me dijeron que no insistiera y que bajara porque allí no estaba. Bajé muy triste porque no tenía ninguna noticia. En eso nos juntamos más familiares y bajó el hombre que me había hablado y nos preguntó: '¿A quién esperan ustedes?' 'Aquí trajeron a los camineros, y no nos vamos a ir de aquí hasta que los saquen', le respondí. Volví a llegar el juez de Jutiapa y nos dijo que iba a dar la orden de que saliera. Al rato comenzaron a bajar todos, entre ellos mi hermano. En esa experiencia me tocó vivir momentos muy duros, de mucha angustia, pero de mucha alegría de verlo bajar".

Después vino la época en que Rubén Amílcar trataba de sortear la muerte, no llegaba todos los días a su casa, vivía de un lugar a otro, en casas de amigos, pero de todas formas tenía que continuar yendo al trabajo para aportar al sostenimiento de la casa. Su peligro era doble, pues al mismo tiempo continuaba sus estudios en la Facultad de Humanidades de la USAC, de donde ya habían secuestrado o asesinado a varios estudiantes, y a la vez trabajaba en los talleres de la Editorial Universitaria y se había afiliado al Sindicato de Trabajadores de la USAC.

Entre 1978 y 1984 los sindicalistas, los estudiantes y profesionales eran el blanco de la represión; cientos de ellos habían caído en la persecución más implacable de la historia reciente. Se había declarado guerra a la inteligencia y el gobierno de Mejía Víctores se había propuesto terminar con las pocas expresiones que quedaban del movimiento social y su dirigencia.

El 15 de mayo de 1984, como de costumbre, en horas de la mañana Rubén Amílcar salió de su casa ubicada en la colonia Primero de Julio y se dirigió a su trabajo en la Universidad de San Carlos. A eso

de las tres y media de la tarde se trasladó hacia la Facultad de Humanidades, pero en el trayecto hombres armados y vestidos de civil lo agarraron, lo golpearon y lo introdujeron en un vehículo llevándoselo con rumbo desconocido. En esta acción intervinieron dos automóviles: uno de color rojo, con placas de circulación P-237053 y el otro de color blanco, con placas de circulación P-113509. O sea, había datos concretos para dar con los responsables que actuaron con toda impunidad, pero siendo esa la política del Estado no se realizaba ningún tipo de investigación y los recursos de exhibición personal ya no funcionaban. Esta fue la versión que recibió su hermana Aura Elena de unos supuestos estudiantes que llegaron a avisarle a la casa.

Pero según ella: "Mi hermano fue capturado en la 11 avenida y 12 calle de la zona 1. Yo confirmo este dato porque estuve investigando con sus compañeros y compañeras. Una compañera que se identificaba mucho con él me dijo: 'Él salió conmigo a las tres de la tarde, porque fue cuando capturaron a Carlos Cuevas y a Otto Illescas; a ellos los capturaron en la mañana'. Me explicó que mi hermano fue a investigar en la tarde qué fue lo que les había pasado, se subieron juntos en una camioneta, pero ella se bajó dos cuadras antes de la 12 calle en donde supuestamente fue capturado". Dos meses antes habían detenido y desaparecido a Luz Haydee Méndez, esposa de un primo de ellos y habían iniciado la búsqueda de ella por diferentes rincones del país sin ningún resultado positivo.

A partir de ese momento empezó el calvario de la familia, se reunieron para ver qué podían hacer e iniciaron la búsqueda: recursos de exhibición personal, denuncia en el Cuarto Cuerpo de la Policía Nacional, la búsqueda en hospitales etc.

Para Aura Elena esos fueron momentos de definiciones, pues le "produjo más indignación, más cólera y me lancé a la búsqueda de los dos. Encontrar con vida a nuestros familiares era el objetivo primordial, pero así fue pasando el tiempo. Cinco mujeres casualmente nos juntamos en la iglesia católica, en la iglesia evangélica, en las morgues, en los hospitales, buscando a nuestros familiares. Nació la idea de conformarnos como un grupo de familiares. Recuerdo bien la primera conferencia de prensa que se

dio para llamar a todas y todos los familiares de personas desaparecidas; esto fue el 16 de junio de 1984. Y así fue como fue creciendo y creciendo el grupo, ya no sólo gente de la capital sino de los departamentos; vinieron los padres de tres jóvenes que fueron secuestrados el mismo día y jamás aparecieron. Creo que todos los desaparecidos tenían relación”.

Tres días después de la desaparición de Rubén Amílcar Farfán, el rector de la USAC manifestó a la hermana de éste: "(...) Tranquílcese, señora. Sí, a su hermano (...) lo capturó el Ejército, la G-2 y el DIT. Ellos lo tienen y no sólo los tienen a ellos sino también tienen a otros sindicalistas y están otros estudiantes (...). Estamos esperando que se recuperen de la golpiza que les dieron para poderlos entregar; ya no siga haciendo nada señora, váyase a alistar la ropa, la valija, la maleta de él (...). Vamos a llamarle para decirle a dónde van, dónde se van a juntar (...)". Según varios testigos, el exrector de la USAC tenía acceso a las autoridades del Gobierno, principalmente al Ministro de Relaciones Exteriores, quien a su vez mantenía vínculos con los militares, todo lo cual proporcionaba información al rector en funciones y, por su mediación, a los familiares.

Total, la búsqueda de Rubén Amílcar Farfán continúa, como la de cientos de personas detenidas desaparecidas que se han agrupado en organizaciones de derechos humanos. Aura Elena, la hermana de Rubén Amílcar, fue una de las fundadoras del Grupo de Apoyo Mutuo (GAM) y de la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Guatemala (FAMDEGUA), de la cual es la Presidenta.



José Luis Jácome Pinto

José Luis nació un 26 de julio de 1946 y era uno de los cinco hijos e hijas que procrearon Rosalina Pinto y Luis Jácome Cabrera, ya fallecidos. Creció en la efervescencia popular de la década revolucionaria del '44-'54. Por primera vez los trabajadores veían posibilidades de asegurar su estabilidad material y espiritual, porque los laborantes eran parte de un proyecto de Gobierno. Siendo todavía un adolescente, José Luis se integró a la lucha estudiantil, siendo presidente del Instituto Nacional de Varones de Oriente, INVO, en Chiquimula. Más tarde aprovechó la oportunidad de calificarse en el oficio de tornero en el Instituto Técnico Vocacional, donde formó parte de la directiva estudiantil.

A mediados de los años sesenta la integración centroamericana se promovía a partir del mercado común; los empresarios instalan en Guatemala la Industria Centroamericana de Vidrio (CAVISA), a cuyo grupo de trabajo se integra Jácome en 1967, como tornero en el taller de moldes. Su ingreso a CAVISA determinó su vida y condicionó su conciencia, quedando sujeto a la rígida disciplina laboral, los estrechos controles de los jefes inmediatos, y la exigencia por un mayor rendimiento en el trabajo. Ver los esfuerzos y sacrificios de los trabajadores, comparados con los beneficios de los empresarios, formaron su compromiso de clase.

La luz artificial, la falta de ventilación, la permanencia en un sótano, dando forma a moldes para fabricarles las coronas con su torno a 3,600 revoluciones por minuto, mantenían sus músculos y sentidos en tensión, año con año. La vida en la fábrica fue su ejemplo, pues así como comprobó que para lograr el producto final se necesitaba un trabajo colectivo, comprendió que las luchas sociales y las reivindicaciones laborales no se iban a lograr sin organización colectiva. La dinámica de la producción le permitió descubrir que los resultados y las transformaciones son producto de procesos que no se pueden lograr solamente con la voluntad, sino se necesitan elementos externos como la organización, para cuajar una demanda. Así como el vidrio se logra al fundir la arena sílica, piedra lumbre, carbón y azufre, a 2,500 grados centígrados, también se necesita un molde, un enfriador que les dé forma, fajas para transportar los productos, templadores que los pongan a tono. Y todo ello se logra con seres humanos.

Eso le permitió comprender que la clase obrera, los trabajadores, quienes generan la riqueza del país, son los decisivos en cualquier proceso productivo. José Luis rabiaba cuando veía que la riqueza se creaba colectivamente para que otros se la apropiaran individualmente. Ese afán de ganancia de los empresarios y las malas condiciones de trabajo permitieron la organización de los obreros en el Sindicato de Trabajadores de CAVISA, que logró discutir su primer Pacto Colectivo de Trabajo el mismo año en el que ingresó José Luis a la empresa. En esa ocasión cinco directivos del sindicato fueron amenazados de muerte y perseguidos; y el primer Secretario General y fundador, Rodolfo Martín López Chacón, salió ileso de un atentado enfrente de la propia planta.

Era el principio de más violaciones a los derechos de los trabajadores. La empresa continuó marginando al sindicato y violando el Pacto Colectivo de Trabajo. El 1 de noviembre de 1969, el sindicato tomó la decisión de parar la planta con la intención de ponerle freno a las maniobras patronales. La respuesta empresarial fue rodear la planta con policías y despedir a 38 trabajadores, quienes, a su vez, hicieron una huelga de hambre frente al Palacio Nacional. La empresa tenía entre ceja y ceja al sindicato, para lo que recurrió a los tribunales buscando despedir a seis directivos, acción que fue respondida por los obreros con la amenaza de una huelga general. Los empresarios no tuvieron más remedio que dar marcha atrás y reinstalar a los despedidos.

En ese momento José Luis se integra al sindicato y llega a ser Secretario de Conflictos, después de demostrar su firmeza y su integridad como miembro de base del sindicato. Para la discusión del segundo Pacto Colectivo de Trabajo (1970), Jácome fue parte de la comisión negociadora. En esa experiencia, se dio cuenta de las actitudes de los patrones y se le evidenció que el sindicato era escuchado cuando tenía alternativas de fuerza de su lado, equilibrando las negociaciones.

A partir de entonces, Jácome formó parte de todas las comisiones negociadoras, demostrando firmeza e inteligencia en la negociación, habilidades que se unían a su facilidad de palabra. Había aprendido de la escuela de los abogados laboristas Mario López Larrave,

Manolo Andrade Roca y Santiago López Aguilar. Inspirado en ellos, Jácome entra a estudiar Derecho en la Universidad de San Carlos, llegando a ser dirigente estudiantil.

Jácome dirige una serie de luchas en el sindicato, pero también promueve, en 1973, un sistema de auxilio póstumo para los trabajadores afiliados. En octubre de ese mismo año, siendo Secretario General del Sindicato y representante ante la Federación Autónoma Sindical de Guatemala (FASGUA), se dirigía de Escuintla para la capital, cuando el vehículo donde viajaba sufrió un desperfecto y se quedó varado. Cuando la policía se acerca, encontró en el interior del carro una declaración del Consejo Permanente de Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina (CEPUSTAL), sobre el golpe de Estado en Chile, firmada por varias federaciones de América Latina, entre ellas la CTC cubana; el sólo nombre de Cuba fue suficiente para tomar el documento como subversivo y a su portador como guerrillero. José Luis fue llevado a la judicial, donde recibió el trato reservado a los opositores políticos. Perdió el dedo índice de la mano derecha.

Las condiciones económicas del país en 1974 promueven que el sindicato luche por un aumento extra pacto, logrando con muchas dificultades un incremento del 9.4%, hecho sin precedentes en la lucha sindical. En el '76 el STICAVSA libra una de sus más difíciles e importantes luchas. La empresa, previo a la discusión del 4º Pacto Colectivo, presiona por el aumento de la producción y lo consigue en un 96%. José Luis fue un factor clave para mantener alta la moral de sus compañeros, desenmascarando las intenciones patronales y apuntalando la unidad del sindicato.

La discusión del pacto por la vía directa no logró ningún resultado. El 23 de agosto de 1976 fue asesinado el trabajador de la empresa Gonzalo de Jesús López Roldán. Esto no amedrenta a los líderes sindicales y llevan la discusión del pacto a los tribunales. La empresa amenaza con despedir a los miembros de la comisión negociadora y el sindicato responde negándose a cumplir con horas extras; las bases, por su parte, rompen la situación de *impasse* en el conflicto y bajan la producción de un 96% a un 8% durante cuatro días. La empresa detuvo las bandas de transporte y a la par de los hornos se

juntaron verdaderos volcanes de vidrio. La situación se tornaba muy complicada y Jácome tuvo que moverse como factor de equilibrio, presionando a la empresa para darle solución definitiva al conflicto y explicando a sus compañeros de los riesgos de persistir en esa acción de hecho. La empresa buscó la mediación del Ministro de Trabajo y el 2 de diciembre, en su propio despacho, después de 18 horas de discusión, se firmó el Pacto Colectivo, cerrándose así victoriosamente una de sus más importantes luchas.

Jácome partía también del concepto que los obreros son inteligentes y lo que había que hacer era darles instrumentos e información, que ellos serían capaces de implementar sus luchas. Por ello promovía cursillos para mejorar su formación. Solía decir a los trabajadores cuando se acercaban las luchas: "ahora defendamos nuestro derecho como hombres, para no llorar mañana como niños".

Esa madurez y conciencia le permitió llegar a ser uno de los principales dirigentes de FASGUA, la federación que aglutinaba a varios sindicatos. Jácome luchó por renovar las prácticas democráticas en la federación, para lograr la eficiencia y el dinamismo.

A Jácome se le conocía por ser solidario y siempre dispuesto a colaborar con los demás. Puso también sus conocimientos jurídicos al servicio no sólo del STICAVSA, sino de otros trabajadores, como la Federación de Trabajadores Unidos de la Industria del Azúcar, FETULIA; la fábrica Ray O Vac, Tejidos Universales, y el Sindicato de la Municipalidad de Guatemala. Además, José Luis tuvo destacada participación en huelgas como la de INCATECU, en 1975; las movilizaciones para no aumentar el precio del transporte urbano en 1978, especialmente apoyando a los trabajadores de la Federación Nacional de Obreros del Transporte, FENOT, orientando a concentrar sus unidades en los estacionamientos de la Universidad y a pincharles las llantas para evitar que fueran sacadas de allí por los patronos. Fue uno de los organizadores de la manifestación de trabajadores que se juntó con la marcha de los mineros de Ixtahuacán en el Trébol en 1977, siendo orador en el mitin.

Con el incremento de la represión, las federaciones y centrales sindicales deciden crear el Comité Nacional de Unidad Sindical, CNUS, en el cual participó José Luis, promoviendo siempre la unidad y la tolerancia, rechazando el sectarismo.

Los cuerpos de seguridad del gobierno de Romeo Lucas García ya habían desatado una feroz persecución contra la oposición política. Los sindicalistas también eran considerados enemigos del régimen. Era evidente la impunidad en cualquier caso de agresión contra los dirigentes o las bases; se imponía el terror político del Estado.

El 28 de enero de 1980 Jácome sale de su casa antes de las siete de la mañana hacia la parada de buses, siguiendo la rutina que durante 13 años le había impuesto la disciplina laboral. Al llegar a la 47 avenida y calzada San Juan, lo esperaban cuatro matones quienes, sin darle tiempo de reaccionar, le dispararon a quemarropa, quitándole la vida en un instante.

Pocos días antes de su asesinato nos habíamos encontrado en San José, Costa Rica, cuando regresaba de un viaje para asistir a una reunión sindical del continente. Estuvimos hablando sobre la difícil situación que atravesaba el movimiento sindical guatemalteco. Quienes nos encontrábamos ya en el exilio por causa de la represión y la persecución insistimos en que se quedara, pero prefirió volver al país para seguir aportando al movimiento que ya en esos momentos se encontraba acechado por las fuerzas represivas.

Es indescriptible la conmoción que provocó en CAVISA la noticia de su asesinato. Quienes lo vivieron cuentan que se imponían el coraje y la indignación, que se convirtieron en ira contra la empresa. Los empresarios le habían negado un permiso solicitado sin goce de salario, para proteger su vida. Los trabajadores pararon la planta por más de 24 horas, responsabilizaron a la empresa de este nuevo crimen, e hicieron del sepelio de José Luis una manifestación de protesta. Atravesaron un "trailer" sobre la Avenida Petapa y velaron a José Luis a media calle frente a la planta por espacio de dos horas. El Sindicato de CAVISA lleva su nombre y las hojas membretadas de esa organización tienen su retrato.



Manuel López Balán

Nació en la ciudad de Guatemala el 5 de junio de 1948; era hijo de Gregorio López y de María Filomena Balán, ambos ya fallecidos. Sus papás tenían cuartos de alquiler y fue así como conoció a Carmen, que llegaba a visitar a una tía; se enamoraron, unieron sus vidas y procrearon a dos hombres y una mujer. En 1972, cuando ya tenían dos hijos, decidieron casarse por la iglesia católica y vivían una vida tranquila. Para ella, “Manuel era un gran hombre”, no les faltaba nada, pues por ese tiempo él trabajaba en la embotelladora San Bernardino.

Su hijo Marlin recuerda que lo llevaba a jugar fútbol y que también se iban con ellos otros patojos del barrio; algunas veces lo acompañaba en las vueltas que daba en el camión de reparto de la empresa. Manuel compartía con ellos lo que era su actividad sindical y por eso su hijo, quien hoy trabaja también en la Coca Cola, cree que los sindicalistas de ese tiempo eran íntegros, entregados, no corruptos, que se necesitaba coraje para estar al frente de la organización como estuvo su padre. Le enoja la situación actual del sindicalismo y la visión que tienen de lo que es un sindicato. Para él “los sindicatos tienen que ser activos y los dirigentes tienen que ser íntegros para poder defender los derechos de los trabajadores”.

Cuando uno encuentra personas así, quienes a pesar del dolor, del sufrimiento, de las penalidades que pasaron por la muerte violenta del padre, piensa que no todo está perdido en Guatemala, que la semilla germina, que esa frase tan repetida de que “pueden matar a los hombres, pero jamás sus ideas”, sigue cobrando realidad. Marlin apenas tenía 9 años, cuando el 5 de abril de 1979 su padre fue vilmente asesinado. Antes había sembrado la semilla, había sido ejemplo para sus hijos y, en medio de la persecución, les brindó el cariño del obrero y del dirigente que se fraguó en importantes luchas sindicales, como aquellas que libró el sindicato del cual Manuel López Balán llegó a ser el Secretario General.

Manuel fue el tercer Secretario General del Sindicato de Trabajadores de la Embotelladora Guatemalteca Coca Cola, y el segundo asesinado de esa empresa, cuando apenas atravesaba los 31 años de edad. Fue uno de los iniciadores del sindicato y de los

que más consignas gritaba en marzo de 1976, cuando la policía los estaba desalojando de la empresa.

Manuel, en su forma de ser y de vestir, era una persona humilde y sencilla. Algunos de sus rasgos sobresalían. Jamás hizo alarde de actitudes valientes. Por el contrario, en diferentes ocasiones manifestó su temor a perder la vida, lo que no le impedía asumir y cumplir las responsabilidades que sus compañeros le confiaban.

Su sencillez y disponibilidad a servir lo llevaron a colaborar con una de las secretarías de la CNT en un proyecto de construcción de casas del Banco Nacional de la Vivienda (BANVI), denominado "Ayuda mutua y esfuerzo propio". No era una casa para él, sino su contribución para que una compañera obrera y madre soltera pudiera tener su casa, la que entre varios construían los fines de semana, después de una larga semana de trabajo. En esta actividad solidaria sufrió un accidente. Un día, trabajando como peón de albañil, se le disparó su propia arma, que últimamente portaba para intentar defenderse en caso de un atentado, y se hirió en la pierna. Compañeros relacionados con la Central Nacional de Trabajadores (CNT) que estaban en el mismo proyecto lo atendieron de inmediato y, antes de que interviniera la policía y se diera cuenta de quién se trataba, lo acompañaron hasta un hospital privado para que le dieran las primeras atenciones. De allí, a solicitud de él, por temor a que los grupos represivos llegaran a asesinarlo, fue conducido a la sede de la CNT, en donde permaneció escondido mientras se recuperaba. En ese tiempo contribuyó en las labores diarias de la central y compartió un cuarto con Marlon Mendizábal y Bernardo Marroquín, quienes también trataban de burlar la vigilancia policial, pero tiempo después ambos corrieron la misma suerte de López Balán. Fueron asesinados.

Por esos tiempos de dura persecución se le vio salir de la central, tarareando una canción, acompañado de la compañera y licenciada Yolanda Urizar, quien fuera secuestrada y desaparecida tiempo después. Era una canción revolucionaria con la que trataba de animarse a sí mismo. Por su actividad sindical y por motivos de seguridad, había prácticamente dejado de ver a sus tres hijos, quienes tendrían entre 5 y 9 años de edad, y a su esposa.

Los veía cuando las circunstancias lo permitían, tal como acontecía en esa época con aquellos que habían asumido la causa de su pueblo como su propia causa. Según versiones de la esposa de López Balán, éste le contó en repetidas ocasiones que Alfonso Riege y el teniente Rodas, gerente y jefe de seguridad de la empresa, lo habían amenazado de muerte si no abandonaba el sindicato. López Balán tenía plena conciencia de los riesgos que representaba asumir la responsabilidad de ser Secretario General del Sindicato. Un jeep y varios soldados habían llegado a buscarlo a la casa, mientras otros esperaban en la esquina: "mi suegra me avisó, me amarré un pañuelo en la cabeza y salí y les dije que ya no vivía allí, que hacía dos meses había dejado de alquilar y les indiqué una dirección falsa con señales y todo, en donde podían encontrarlo, y salieron rechinando las llantas, lo que se aprovechó para sacar a Manuel de la casa."

Repuesto de salud, no le quedó más alternativa que presentarse al trabajo y cumplir desde la fábrica la responsabilidad que recién le habían asignado de dirigir el sindicato. Un doctor amigo que lo veía, le había dicho a doña Carmen, su esposa, que Manuel estaba bastante demacrado y que lo iba a llevar a despejarse. Como también uno de sus hijos había amanecido enfermo, ya no fueron a ningún lado. Un día, después de presentarse a sus labores y salir en el camión de reparto a dejar en las tiendas las coca-colas que hacen el poder de la transnacional, fue asesinado salvajemente cuando ingresaba a la tienda "El Valle", ubicada en la 2ª calle y 17 avenida de la zona 6, un barrió netamente obrero. Casualmente cayó asesinado a escasos 100 metros de donde, quien esto escribe, había vivido gran parte de su vida, lo que permitió recibir y percibir la indignación de la gente del sector y de la dueña de la tienda que tenía recuerdos de quien llegaba a dejar las bebidas.

Sus agresores lo golpearon con un tubo de hierro, posteriormente lo degollaron hasta casi dejar su cabeza colgando. Intentaron cubrir este crimen como un acto de la delincuencia común, un intento de robo. Era la historia que se repetía en hechos similares de dirigentes o afiliados a sindicatos que habían asumido su compromiso y que representaban un estorbo al poder económico y al Ejército. Doña Carmen de López se enteró por medio de trabajadores de una

empresa funeraria que le llegaron a avisar para ofrecerle los servicios. Ésta también era una dinámica de la época, las funerarias estaban atentas a los cadáveres que aparecían y llamaban a los familiares de aquellos que llevaban identificaciones. Para sus hijos fue un golpe que no se puede narrar, especialmente para el más grande que lo supo a través de sus compañeros de clase.

Pocos días después del asesinato de Manuel, la esposa, los hijos y el padre de López Balán, comenzaron a ser objeto de amenazas y constante vigilancia policiaca. Su padre, Gregorio López Cruz, exigió el esclarecimiento del asesinato de su hijo; dos días después fue capturado por policías que se conducían en la radiopatrulla número 224, lo que evidenciaba la participación directa o complicidad de las fuerzas de seguridad.

En el funeral de Manuel López Balán, a pesar del terror implantado, participaron más de mil personas de diversos sectores, especialmente obreros. El cortejo fúnebre salió de la sede de la Central Nacional de Trabajadores, ubicada en la 9ª avenida 4-29 de la zona 1, y enfiló por sobre la cuarta calle. Cuando llegó a la 6ª avenida la policía le impidió el paso y hubo que cambiar el recorrido. Quizá les golpeaba la conciencia el paso del funeral por la Casa Presidencial y el Palacio Nacional y, por supuesto, por la sede de la Policía Nacional en la 6ª avenida y 14 calle. En todo el trayecto, los participantes fueron hostigados por los cuerpos policíacos, en una clara provocación de las fuerzas gubernamentales.

Con motivo del asesinato de López Balán, el sindicato de la Coca Cola lanzó un comunicado público en el que acusaba directamente a los empresarios y a los cuerpos represivos del Estado de ser los responsables intelectuales y materiales del crimen, exhortaba a los trabajadores a estrechar filas en el sindicato y a no dar paso atrás ante la situación. Así era la intrepidez de la época, era quizá el amor a un país que desangraban quienes se oponían a las transformaciones que siguen siendo necesarias. Por eso, decía el comunicado sindical, parafraseando al poeta guatemalteco Otto René Castillo, también torturado y asesinado años antes: "Si uno cae, alguien tenía que caer para que la esperanza no caiga; éste no es el momento de hacernos atrás, sino de seguir adelante, porque

sabemos que no estamos solos... de nosotros depende que nuestro sindicato siga o muera, pero no puede ser posible esto último, ya que nuestra conciencia de clase no nos puede dejar traicionar a nuestros compañeros caídos... Les queremos recordar a los compañeros que nos traicionaron, que si no están conformes con la sangre derramada, la nuestra está dispuesta en pro de la clase trabajadora, porque por cada trabajador caído en la lucha proletaria, ¡se levantan miles exigiendo justicia social!". Al señalar traición, se referían a otros afiliados al sindicato que, bajo la presión, la amenaza y la necesidad del trabajo para mantener a su familia, habían renunciado al mismo; asimismo, se referían al grupo que había sido contratado para contrarrestar al sindicato auténtico de los trabajadores.

Manuel López Balán estaba conciente de su compromiso con su clase. Por eso volvió a presentarse a la empresa para continuar su trabajo. Si él hubiera pasado a la actividad clandestina, quizá todavía la clase obrera contara con ese cuadro destacado, nacido de sus propias entrañas y formado al calor de grandes luchas obreras. La clase obrera había perdido a uno más de sus dirigentes, consciente, humilde, sencillo, servicial, abnegado.

La esposa e hijos de Manuel sufrieron lo indecible después de su asesinato. No encontraban apoyo ni siquiera en la familia. Tantas penas y desgracias le hicieron perder el hijo que esperaba. Tuvieron que deambular pidiendo posada y vendiendo las pocas cosas que tenían para sobrevivir y poderle dar un pan a sus hijos. Fueron pocos los amigos, como Lico, que le regalaron 50 quetzales en medio de tanta soledad. En la CNT les dieron un cuartito para vivir mientras solucionaban su situación.

Poco a poco fue logrando hacerse de una olla para cocer frijoles y arroz; su vida iba cambiando y logró arreglar la casa no terminada del BANVI en la colonia El Paraíso, zona 18, a donde se trasladaron, por suerte unos días antes del secuestro masivo de dirigentes sindicales en la CNT². Recuerda que cuando regresó, no encontró

² El 21 de junio de 1980, cuando las fuerzas de seguridad irrumpieron en la sede de la Central cuando se realizaba una reunión y se llevaron a 27 dirigentes sindicales, de cuyo paradero nunca más se supo.

nada; las fuerzas de seguridad se llevaron lo poco que tenía y que iba a trasladar a su nueva casa.

Doña Carmen, junto con la esposa de Pedro Quevedo y Quevedo, fue una de las mujeres que en los momentos de resistencia en el sindicato, cocinaban para los obreros de la fábrica. Hoy los hijos están grandes y han hecho sus vidas, pero viven con el recuerdo de aquel obrero, dirigente sindical, que les dio su cariño y les inculcó principios inquebrantables.



Mario López Larrave

El 8 de junio de 1977, pareciera que fue ayer, a esta misma hora, sonó insistentemente el teléfono de la histórica CNT, para paralizar nuestros cuerpos, para confundir por un momento nuestro pensamiento, para golpearlos en lo más profundo del corazón obrero, para sacudir nuestras conciencias y volvernos de golpe a la realidad guatemalteca, donde pensar ha sido un delito que se paga con la vida.

¡López Larrave acaba de ser ametrallado! ¿Está con vida? Sí, lo trasladaron al hospital, acaba de suceder. Iremos para allá, hay que llamar a la prensa, a los sindicatos, sacar un boletín, reunir al CNUS, localice a fulano, a zutano, a mengano, avísele a...

La fatal noticia llegó de inmediato a las fábricas de la Avenida Petapa, regresó por la Aguilar Batres, se fue a la Roosevelt y siguió camino al cordón industrial del Atlántico, a Xela, a Huehue, a Escuintla, y a aquellos rincones donde había obreros y campesinos organizados. Fue un tiro al corazón de la clase obrera, que reconocía en Mario López Larrave al más humilde y destacado laboralista guatemalteco, que había estado junto a ella, en sus momentos de dolor y de alegría, en los grandes momentos de triunfo y en los sinsabores de la derrota.

Aun a 10 años de distancia la figura de López Larrave se yergue dignamente en la vista pública de calzado Incatecu, y su palabra jurídica, clara y convincente, resuena en las salas de trabajo y en el propio ministerio, donde defendió valientemente los intereses de los trabajadores. Innumerables enseñanzas, escritas y con su ejemplo nos legó López Larrave a quienes tuvimos el honor de conocerlo. A la clase obrera guatemalteca corresponde recoger tan valiosas enseñanzas de quien, sin haber sido un obrero, ofrendó su vida por los trabajadores. Llegará el momento en que la clase obrera podrá rendir un justo homenaje a quien la burguesía quisiera sepultar en el olvido."³

³ Albizures Miguel Ángel, Revista "Otra Guatemala", No. Cero, agosto de 1987, " Mario López Larrave, a 10 años de distancia"

Esos eran los pensamientos expresados por quien hoy rememora, a 32 años de aquel vil asesinato, la gran figura del "licenciado". Aquel que recorría los sindicatos, las fábricas, la sede de la CNT, la FASGUA y del CNUS, con la misma tranquilidad y parsimonia con que recorría las aulas y los pasillos de la Universidad de San Carlos, donde compartía su sabiduría y sus conocimientos con todos, con los estudiantes universitarios y con los líderes sindicales.

Cualquiera que piense en Mario López Larrave no puede sustraerse de la existencia de una fundación que lleva su nombre y donde se enseña a pensar, a conocer los derechos de los trabajadores, a trabajar las luchas sindicales y populares. Asimismo, la Biblioteca del Ministerio de Trabajo lleva su nombre. Pero muchos ni siquiera lo conocieron, sólo han escuchado de sus andanzas.

Mario López Larrave nació el 7 de abril de 1929 y se casó con Elsa Cerdón, con quien procreó dos hijos. El 8 de junio cuando fue asesinado ya había cumplido 48 años de edad y estaba dejando para las nuevas generaciones los escritos sobre sus conocimientos y experiencia en la defensa de los derechos de los y las trabajadoras.

Desde su juventud, en las aulas de la Facultad de Derecho, López Larrave fue dirigente estudiantil y miembro del consejo del periódico Nuestra Lucha, publicación del grupo estudiantil Frente Unido de Derecho (FUD), al cual pertenecía. Se graduó de Abogado y Notario en 1958, año en que muchos de los nuevos abogados sólo buscaban cómo poner su negocio y ganar dinero. Él no, él se interesó en el derecho laboral, en cómo defender a los trabajadores de los patronos que los explotaban y esquilaban.

Como profesional se quedó dando clases en la Facultad de Derecho, de la cual fue Secretario y Decano. Durante su gestión como Decano se creó la Escuela de Orientación Sindical y creó la Práctica y Secretaría de Derecho Laboral del Bufete Popular. Desde entonces también se comenzó a estudiar la materia de Derecho Procesal del Trabajo, adicional a los dos cursos que ya existían sobre Derecho Sustantivo del Trabajo.

Combinó el ejercicio profesional y docente con la asesoría a los sindicatos, como a los trabajadores del Ingenio Pantaleón, Incatecu (la única huelga declarada legal en Guatemala en aquella época), y muchos otros. No de balde los trabajadores del Sindicato de Incatecu, cuando publicaron su “Breve Historia del Movimiento Sindical Guatemalteco”, escribieron lo siguiente: “El Sindicato de Trabajadores de la Compañía Guatemalteca INCATECU, S.A., se honra en publicar el presente trabajo, como una muestra de admiración y reconocimiento al gran maestro y asesor, licenciado MARIO LÓPEZ LARRAVE, quien jugara un papel preponderante en el éxito de nuestro conflicto laboral, finalizado en esta fecha. Guatemala, agosto 4 de 1975.”

Escribió varios libros y artículos sobre temas relacionados con el derecho laboral, pero también con la historia del movimiento sindical, la libertad sindical, el derecho de huelga, el proyecto del nuevo Código de Trabajo.

López Larrave decía que “la pérdida de la fe en la ley y en quienes la aplican conduce a las medidas de hecho”, sentencia que sigue siendo válida en tanto la falta de aplicación del derecho laboral y la connivencia con los patronos violadores de derechos humanos es la causa principal de los conflictos laborales.

Asimismo, señalaba que “la unidad de la clase obrera, en alianza con la clase campesina, es el camino [para la transformación de la sociedad]”. Las cámaras patronales saben perfectamente quién fue Mario López Larrave, como lo saben los abogados que en aquella época temían enfrentarse al laboralista Larrave, porque él era el verbo de la clase obrera que con su elocuencia, apegada a derecho, los dejaba sin argumentos cuando intentaban retorcer las leyes y violentar los derechos inalienables de los trabajadores.

Mario Rolando Mujía Córdova

Era un líder nato, que por azar del destino nació un 31 de marzo de 1948 en Retalhuleu, y empezó a recorrer otros departamentos hasta caer en Huehuetenango donde se ganó el corazón de los y las huehuetecas. Era hijo de la señora Cristabel Córdova, madre soltera, enfermera que iba de Mazatenango a Retalhuleu o Totonicapán, por lo que Mario estudió su primaria en varios departamentos y los básicos en Huehuetenango, en donde al final echó raíces y empezó a despuntar como dirigente estudiantil ligado a sectores cristianos.

Doña Cristabel, su madre, quien ahora tiene 85 años de edad y se encuentra sumamente enferma, todavía vive añorando la presencia de aquel hijo con quien había compartido grandes momentos de su vida. Pero no se repone de la muerte de sus hijos, pues apenas un año después del atentado que ocasionó la muerte de Mario, es detenido y desaparecido su otro hijo Leonel, mientras ella, con su tercera hija Verónica, y la esposa de Mario y sus hijos, tienen que protegerse por la vigilancia, la amenaza y la persecución de que fueron objeto. “Fueron momentos difíciles”, nos dice Verónica, hermana Mario, pues sentían que también serían víctimas de quienes habían ordenado el asesinato de Mario y Leonel y no querían que les siguieran el juicio.

Mario había contraído matrimonio con María Rosa Calderón y procrearon tres hijas: María del Rosario, quien contaba con escasos 6 meses de nacida; Ana Silvia y María Andrees, quienes estaban entre los 4 y 6 años de edad, y que no pueden entender tanto salvajismo de un Estado que, se supone, debe proteger la vida de los ciudadanos, pues hoy saben que Mario, su padre, desde muy joven se había comprometido con la iglesia católica, desde donde realizó un trabajo pastoral que lo llevó a tomar conciencia de la situación del país y a luchar por transformarlo.

En el libro “Mártires de Guatemala” que editó la Confederación de Religiosos de Guatemala (CONFREGUA), en 1988, se recoge parte de la vida de Mario Mujía, diciendo que fue “dirigente obrero y militante cristiano de Huehuetenango. Maestro del colegio La Salle, miembro del Centro de Desarrollo Integral propiciado por la Orden de Maryknoll. Mario siempre estuvo ligado a todos los movimientos campesinos y mineros de su zona y del Comité Pro-Justicia y Paz de

su país. Mujía, es el símbolo del militante cristiano que entrega su vida para que sus hermanos salgan de la opresión a que están sometidos. Sabe que va a morir y lo manifiesta claramente a una amiga. Su lucha le llevará hasta el final... Mario "Güigüi" es asesinado por los enemigos del pueblo, especialmente por los industriales de la zona de Huehuetenango que lo habían amenazado recientemente".

Pero también existe otro documento que sacó el Centro Universitario de Occidente en 1979 y que se titula, "Mario Rolando Mujía Córdova: ejemplar dirigente sindical y estudiantil", y otro que se refiere a él: "Huehuetenango, Historia de una Guerra", que demuestran no sólo el reconocimiento de su propio pueblo, sino el grado de compromiso que había asumido y su participación activa en el movimiento social, departamental y posteriormente nacional cuando asume responsabilidades en la Central Nacional de Trabajadores (CNT). Mario fue un destacado dirigente cristiano, estudiantil, sindical y revolucionario comprometido con su pueblo.

Para Walter Félix, actual diputado al congreso por Huehuetenango y que lo conoció cuando él era estudiante de secundaria: "Para mí Mario era un gran personaje, humilde y sencillo, con un profundo sentido humano que lo demostró con sus acciones en defensa de los trabajadores y cuando el terremoto de 1976 en que se entregó a servir a la población". A Walter Félix le impresionó el trabajo desplegado por Mario en la organización de la marcha de los mineros de Ixtahuacán que movió miles de gentes, así como el trabajo que desarrolló organizando sindicatos en otras empresas de Huehuetenango. Por eso nos dice: "cuando hicieron el atentado contra su vida, hicimos guardia en el hospital porque teníamos temor de que fueran a matarlo", y lamenta que no hayan actuado con rapidez trasladándolo a otro centro hospitalario.

A partir de la Central Nacional de Trabajadores (CNT) se había concretado el apoyo de Mario para lo que en aquel tiempo se llamó Frente de Trabajadores del Sur Occidente, que aglutinaba diversas organizaciones. Por ese tiempo nació el Sindicato de Trabajadores de las Minas en Ixtahuacán y fue Mario Mujía uno de sus asesores principales; también colaboró en la formación de los sindicatos de

Santa Ágape, Corral Chiquito y del Proyecto Lingüístico Francisco Marroquín, en Huehuetenango. En esa época la Central Nacional de Trabajadores tendía a extenderse por la región y concretó la apertura de una oficina en Huehuetenango. La persona más indicada para desarrollar y fortalecer el trabajo ya iniciado era Mario Muja, quien había estado integrado al departamento de organización de la CNT y juntos buscamos la oficina que estaba ubicada en el centro de esa ciudad. Para llegar a ella se subían unas gradas desde la entrada, pues estaba en el segundo nivel. Apenas habíamos empezado a equiparla para que desde allí realizara sus actividades, especialmente la atención a las y los trabajadores de los sindicatos ya organizados, y a otras personas que tendrían un lugar en donde presentar sus denuncias.

Tiempo atrás Mario había tenido enfrentamientos con el propietario de las fábricas Santa Ágape y Corral Chiquito, Leopoldo Zúñiga, quien tenía hasta un polígono en el terreno de una de las fábricas. En una de ellas se hacían anzuelos para pesca y en la otra juguetes de cuero para perros, que se exportaban a Estados Unidos. También se había constituido el Sindicato del Proyecto Lingüístico que abarcaba Xela, Antigua y Huehuetenango, en donde tenían oficinas y recibían estudiantes que llegaban para aprender español. En una oportunidad, Zúñiga llegó a la sede de la CNT, pidió hablar con el Secretario General de la central, entró a su oficina en forma prepotente, puso su arma sobre el escritorio y pidió que se sacara a Mario de Huehuetenango, “porque estaba causando problemas y le podía pasar algo”. Se le dijo que en la central no se recibían órdenes de nadie y que Mario continuaría ahí y se le responsabilizó de lo que pudiera pasarle.

Era una época difícil, de enfrentamiento con la parte patronal, que tenía miedo del desarrollo que estaban tomando las organizaciones sindicales. Se sabe que no pocos de los empresarios colaboraban con las fuerzas represivas dando nombres de líderes sindicales que les interesaba quitar de en medio. Cuando los conflictos laborales arreciaron en Minas de Ixtahuacán, ahí estaba Mario atendiendo a los trabajadores, lo cual llegó a su punto máximo cuando los empresarios anunciaron el cierre de la mina y había que tener una respuesta inmediata. Fue Mario quien primero estuvo con ellos para

organizar la resistencia y fue él quien estuvo en comunicación con la central para coordinar las actividades. La decisión estaba tomada, se haría una marcha de 72 mineros seleccionados y en el camino se enderezarían las carretas. Se decidieron las diversas etapas y Mario, morral al hombro, caminó junto a ellos los más de 300 kilómetros distantes de San Idelfonso Ixtahuacán, a la ciudad capital.

Aún recuerdo la columna de mineros a lo largo de la carretera y Mario moviendo las manos, platicando con ellos quién sabe sobre qué cosas, quizás animándoles a continuar la marcha o escuchando los problemas cotidianos de quienes habían dejado su casa, su familia, su pueblo, su centro de trabajo, para marchar rumbo a la capital en exigencia de justicia. Quizás varios de ellos iban preocupados porque sus esposas e hijos se habían quedado bloqueando la mina para impedir que sacaran maquinaria.

No olvido el encuentro con él a la altura de Los Encuentros, a donde llegaban cientos de indígenas campesinos hombres, mujeres y niños, a darles la bienvenida a aquellos extraños hombres que levantaban una y otra vez su casco en señal de saludo y agradecimiento. Ahí se improvisó en dónde servirles sus alimentos y en dónde durmieran para reponer energías y continuar al día siguiente de madrugada, para alcanzar la quinta etapa de su marcha que llegaría de Los Encuentros a Tecpán, para luego emprender las etapas finales que irían de Tecpán a Chimaltenango, de Chimaltenango a Mixco, y de Mixco a Guatemala.

En la ciudad capital seguían las negociaciones y el gobierno intentó parar la marcha arribando a un acuerdo con la empresa de reiniciar operaciones. Una delegación del Ministerio de Trabajo llegó a Tecpán para informar de los acuerdos. Mario dijo “¡No, continuamos!, muchos de los mineros no conocen la capital, es su primer viaje a la gran ciudad y no podemos dar marcha atrás”.

Mario Mujía recibió amenazas de muerte mediante cartas anónimas que hizo del conocimiento de sus compañeros de la Central Nacional de Trabajadores, quienes le recomendaron que se trasladara un tiempo a la capital y dejara Huehuetenango, pero él decidió quedarse

y seguir atendiendo los conflictos sindicales y desarrollando la organización en esa región.

El 20 de julio de 1978 Mario Mujía Córdova fue asesinado. Había ido a su casa y cuando terminó de almorzar regresó a la sede de la CNT, que estaba ubicada en el segundo nivel de una casa cercana al parque central de Huehuetenango. A poca distancia de la sede se encontraba la agencia del Banco de Guatemala, local que se mantenía permanentemente vigilado y protegido por elementos de seguridad. Su esposa, María, lo acompañó hasta la entrada de la oficina y, según cuenta ella, había observado que "Mario se mostraba preocupado en los últimos días; en ocasiones le hablaba y parecía que no escuchaba".

Como a las tres de la tarde, hombres armados entraron a la oficina en donde se encontraba Mario y le preguntaron "si alquilaba cuartos; que iban de parte del señor Leopoldo Zúñiga", e inmediatamente después le dispararon. Según su propia versión, los atacantes tenían apariencia de campesinos, portaban sombreros de petate y lentes oscuros.

Mario Mujía, ya herido y en un intento por salvarse, se tiró por las gradas y logró salir a la calle a pedir auxilio. Personas que pasaban por el lugar llamaron a los bomberos quienes lo trasladaron de inmediato al hospital. Según la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, "La población de Huehuetenango se consternó al conocer la noticia del ataque. Representantes del CUNOROC llegaron al lugar unos minutos después del hecho y procedieron a realizar diversas gestiones ante la Policía Nacional y los ministros de gobernación y de la defensa nacional, y hasta con el Presidente de la República, para exigir que se investigara lo sucedido y se aplicara la ley a los responsables. Aquella misma noche estudiantes universitarios y de educación media de la localidad decidieron montar guardia en las afueras del hospital, con el propósito de evitar un nuevo atentado. Varias autoridades militares se presentaron al lugar para conocer el estado de salud de la víctima; sin embargo, los estudiantes se opusieron y exigieron al médico de turno que les negara el ingreso".

"Al día siguiente, 21 de julio, autoridades del CUNOROC, estudiantes, docentes, sindicalistas, empleados municipales y representantes de la CNT de Guatemala y Quetzaltenango planificaron una manifestación de protesta que se realizó el día 22, en la que participaron cientos de personas. Salieron del Centro Universitario de la localidad y recorrieron las principales calles de Huehuetenango hasta llegar al parque central, donde se realizó un mitin con la intervención de varios dirigentes que condenaron airadamente el hecho criminal sufrido por Mario Mujía. No obstante el grave estado en que se encontraba, la víctima pudo declarar ante el juez de paz, relatando los detalles del hecho y acusando formalmente al empresario Leopoldo Zúñiga como responsable del atentado sufrido".CEH

En un intento por salvarle la vida se gestionó por parte de la CNT el traslado de Mario al hospital Herrera Llerandi, pero ya no fue posible. Conforme el avión fue tomando altura entró en crisis y a pesar de los esfuerzos que hicieron el médico y las enfermeras no fue posible devolverle la vida. Un paro cardíaco nos lo arrebató de las manos y llegamos al hospital cuando ya había muerto. Ese mismo día por la tarde, devolvimos a los huehuetecos el cuerpo ya sin vida de uno de los hijos de ese pueblo que escribió páginas brillantes en la historia de la lucha de los trabajadores. Mario había cumplido 30 años, tenía toda una vida por delante y mucho qué aportar a la sociedad guatemalteca.

Los esbirros continuaron sembrando la muerte en Huehuetenango. Poco tiempo después es secuestrado Julio Vásquez Recinos, otro estudiante de Agronomía en el Centro Universitario de Noroccidente (CUNOROC), Huehuetenango. Vásquez había sustituido a Mujía en la CNT. Según un compañero de estudio que prestó testimonio a la Comisión para el Esclarecimiento Histórico: "Habían secuestrado al compañero Julio Vásquez Recinos, quien apareció 15 días después en el río Selegua, en El Tapón [en el sur de Huehuetenango], sin testículos, sin uñas, y sin la mano derecha, atado con otro compañero que nunca se logró identificar su cadáver." (Comisión para el Esclarecimiento Histórico 1999; entrevista).

“El 5 de septiembre de 1978 miembros del Ejército secuestran y torturan a María Eugenia Mendoza, estudiante del Centro Universitario de Noroccidente (CUNOROC), en Huehuetenango. Fue retenida durante tres semanas. Posteriormente, miembros del Ejército vuelven a capturarla, siendo nuevamente torturada y violada; por último, la ejecutan. Su cuerpo desnudo fue abandonado en las calles de Huehuetenango. Ella trabajó en cuestiones laborales junto con los recién asesinados estudiantes de CUNOROC, Mario Mujía y Julio Vásquez.” (Amnesty International 1979b: 6; Comisión para el Esclarecimiento Histórico 1999: caso 18145).

Y el 9 de marzo de 1979, menos de un año después del asesinato de Mario, fue secuestrado y desaparecido su hermano, Leonel Mujía Córdova, quien era uno de los locutores del Radioperiódico “El Independiente”, que daba a conocer los hechos de violencia que sacudían al país. Todo permaneció en la total impunidad; el empresario Leopoldo Zuñiga y un su empleado de confianza fueron investigados y sometidos a juicio, estuvieron unos días detenidos y quedaron libres, como siempre, “por falta de pruebas”. Durante los años 1978 y 1979 fueron asesinados otros dirigentes del Sindicato de Trabajadores de Minas de Guatemala, logrando en la práctica la destrucción del sindicato. Los esfuerzos de organización y todos los sacrificios de Mario Mujía Córdova, se vinieron al suelo, cuya responsabilidad recae sobre el Estado de Guatemala.



Antonio Obando Sánchez

Es difícil resumir en unas cuantas páginas la vida de un hombre como Antonio Obando Sánchez, quien escribió un libro sobre su propia trayectoria, y sobre el cual se han escrito otros libros y muchas cuartillas. Quizá es mejor hablar de su entereza, su lucidez hasta el último momento de su vida, su fe en el movimiento sindical y esa necedad de insistir en la unidad de los trabajadores, como única forma de hacer avanzar los procesos de transformación.

Ni la pobreza ni los golpes de la vida lo cambiaron, se mantuvo atrás del banco de carpintero; no lo cambió la sentencia de muerte que le propinó Jorge Ubico y el haberse salvado de milagro, ni mucho menos las múltiples veces y las decenas de años que pasó en la cárcel y de la cual hacía mofa: "sólo Nelson Mandela me ha ganado por unos pocos años". La última de ellas, según él, en el gobierno del General Efraín Ríos Montt, cuando atravesaba los ochenta años.

Sólo hay un Antonio Obando Sánchez que nació con el Siglo XX en Amatlán, el 10 de mayo de 1902. Muy pronto, al tomar conciencia de lo que era la dictadura de 22 años de Manuel Estrada Cabrera, se unió a los insurrectos a quienes, por esa época, otro artesano sastre de nombre Silverio Ortiz, dirigió, haciendo posible, junto con otros sectores sociales, la insurrección del veinte que dio al traste con la dictadura.

Con la franqueza que le caracterizó a lo largo de su vida, Antonio Obando nos cuenta que era hijo de "Guillermo Sánchez, un campesino rico que llevaba una vida desordenada", y de Marcos Obando, la madre, quien "desde que... resultó embarazada, mi abuela, a la usanza conservadora, arrojó a mi progenitora de la casa, pretextando rígidos preceptos de moral y de religión por la falta de matrimonio". El abuelo paterno reemplazó el afecto de su propio padre y de los abuelos por parte de su madre. Él le dio sus primeras cinco cuerdas de tierra en las que empezó a sembrar para sobrevivir y "así, aquel abuelo, a la par de buen maestro agrícola, ayudaba a

aliviar las penalidades de mi madre ocasionadas por el abandono de mi progenitor”.⁴

Hijo de una mujer analfabeta, no ocultaba su admiración, cariño y reconocimiento para quien le dio vida y lo llevó de la mano en su niñez y adolescencia. En sus “Memorias” dice: “Jamás podré escribir con fidelidad el basto cuadro de ternura, sacrificios y fatigas que una madre vive. Pálido e inconcluso será lo que diga acerca de mi recordada ‘viejecita’. Trataré de relatar lo más sobresaliente”. Y es en ese relato en donde se ve su vida íntimamente ligada a ella, de donde venían sus principios morales y ese deseo de ser alguien en la vida. Hay que reparar que, por ello, utilizó toda su vida y aun en sus memorias, el apellido materno Obando primero, y Sánchez después, en reconocimiento a quien había sido su madre y su padre al mismo tiempo.

Ya a los 18 años, Antonio Obando andaba haciendo tanes en las organizaciones de artesanos que, posteriormente, serían el semillero del movimiento sindical que él ayudó a fundar, y que se desarrolló con fuerza a lo largo de los años veinte, después de la caída de la dictadura de Manuel Estrada Cabrera. Asimismo, la historia recoge su participación en el primer Partido Comunista de Centroamérica, Sección Guatemala, al que se afiliaría en 1924; en 1928 haría su primer viaje a Moscú al VI Congreso de la Tercera Internacional y luego al Congreso Mundial de Sindicatos, adheridos a la Internacional Roja. Todo ello le costó su primera visita a la cárcel y la sentencia de muerte a que fue condenado junto con 12 compañeros más, por parte del dictador Jorge Ubico y de la cual sale amnistiado, mientras que el hondureño Juan Pablo Wanright fue fusilado. Obando pasa en la prisión los 14 años que duró la dictadura ubiquista. Logró su libertad al triunfo de la Revolución del 20 de octubre de 1944 e inmediatamente se reincorporó al movimiento sindical, siendo uno de los fundadores de la Escuela Claridad, en donde conoció al salvadoreño Miguel Mármol, con quien mantuvo una estrecha amistad.

⁴ Obando Sánchez, Antonio, *Memorias*, Guatemala, segunda edición, USAC, 1978. Ruano Najarro, Edgar, “Comunismo y movimiento obrero en la vida de Antonio Obando Sánchez”, Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2007.

Obando corrió la misma suerte de muchos otros que hicieron posibles las transformaciones revolucionarias de la Junta de Gobierno, y que habían aportado en los gobiernos de Arévalo y Arbenz: el exilio en 1954 hacia Argentina. También allí conoció la cárcel junto con otros guatemaltecos asilados, entre ellos el personaje a quien él llamaba Víctor Victorioso, refiriéndose a Víctor Manuel Gutiérrez⁵, por quien mantenía una admiración y recuerdos imborrables por su entrega a los trabajadores. Diez meses estuvieron compartiendo en la cárcel de Villa Devoto, en Argentina.

La situación del país era confusa y políticamente grave, pues continuaba la persecución de los sindicalistas. Pese a todo, Obando volvió al país el 17 de septiembre de 1958 para ver por última vez a su madre que yacía en una caja mortuoria en la antigua casa de El Gallito, en donde él había vivido. La lucha por su regreso la habían dado organizaciones argentinas que obtuvieron el salvoconducto para que pudiera viajar e ingresar al país, en una época en la que gobernaba el General Miguel Ydígoras Fuentes. Ese momento nos lo relata Obando Sánchez en sus memorias: "Abrí la caja y vi a la viejecita que tanto calor brindó a mi vida, vi su rostro demacrado, sus ojos cerrados, aquellos ojos que ansiaron tanto ver por última vez a su hijo, que infortunadamente llegó tarde y no pudo decirle adiós"... "Así terminó la lucha por mi regreso a la patria".

Y así inicia también otra vez su lucha por los derechos de los trabajadores, reintegrándose al Sindicato de Madera y Vidrio que lo delegó ante la Federación Autónoma Sindical Guatemalteca (FASGUA), de la cual llegó a ser directivo.

Varias veces volvió a la cárcel, pero quién sabe qué ángel le acompañaba, pues lograba recuperar su libertad y volver a la lucha e insistir en la necesidad de la formación y la unidad en el movimiento sindical. Su última visita a las mazmorras carcelarias fue bajo el régimen del General Oscar Mejía Víctores en 1984, cuando fue

⁵ Víctor Manuel Gutiérrez, dirigente magisterial, fue posteriormente Secretario General del Partido Guatemalteco del Trabajo, de ideología comunista, proscrito por los gobiernos que sucedieron a la contrarrevolución. Fue detenido y desaparecido en 1966, junto al resto del Comité Central del Partido.

allanada su casa-taller de carpintería en Ciudad Real y estuvo desaparecido durante varios días. Por esa época tenía 81 años, pero seguía siendo considerado “un peligro” para la seguridad del Estado. El llamado Diario Militar dado a conocer en 1998 es elocuente al referirse a su captura: “106. Antonio Ovando Sánchez (s) Rosales, 81 años de edad, carpintero. 02-04-84: A las 1000, mil horas en su taller de carpintería, fue prensado, siendo el más antiguo de los miembros del PGT-PC, teniendo un historial muy extenso, principiando de su viaje a Moscú en el año 1928, fue secretario en varias ocasiones del partido. Siendo obrero, escribió varios libros y también dio clases en la universidad. Estuvo en el exilio en Argentina. Conoce mucho de la organización”. El Diario no dice que le vaciaron la casa y lo dejaron sin nada, ni menciona que cuando lo dejaron libre, estaba todo golpeado.

A finales de los años ochenta y antes de su muerte en 1994, se le veía llegar a las oficinas de la Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación (UITA), de la que era parte la Federación Sindical de Trabajadores de la Alimentación y Similares (FESTRAS), y compartía sus experiencias con los trabajadores afiliados a diversos sindicatos. Allí se juntaba también con niños, hijos de trabajadores, por quienes tenía un cariño especial y quienes lo rodeaban oyendo sus consejos.

Por ese tiempo vivía solo en la colonia La Florida y se iba y venía en camioneta a la federación casi todos los días. Antes de su muerte, se le llevó a El Salvador para su encuentro con Miguel Mármol, su antiguo amigo con quien había compartido penas y alegrías. Es indescriptible la emoción que se sentía en su reencuentro con Mármol en 1994, cuando abrieron los brazos para saludarse y empezar a recordar viejos tiempos y personajes ya idos, entre ellos a Farabundo Martí y unas cuantas sindicalistas que llegaban a la Escuela Claridad en donde ambos habían estado en la época revolucionaria. Fue una ocasión para llevarlo al lago de Ilopango, lugar en donde se había encontrado con Mármol en 1928, recuerdos que juntos revivieron en esa oportunidad de su reencuentro. Ovando Sánchez dejó de existir el 12 de octubre de 1994, a la edad de 92 años.

Pero que no sea sólo nuestra opinión sobre la vida de uno de los fundadores del sindicalismo en Guatemala, sino también la de un periodista destacado y director del diario La Hora, Oscar Clemente Marroquín Rojas, quien el 10 de mayo del 2003 escribió un artículo que complementa estas notas.

Don Tonito Obando estaría cumpliendo 101 años

Oscar Clemente Marroquín

“Lo conocí en los últimos años de su vida y siendo un anciano se convirtió en ejemplo de tenacidad, entusiasmo y esperanza en la construcción de esa Guatemala mejor que siempre hemos querido. Lejos de tirar la toalla y de sentirse frustrado o fracasado, el viejo sindicalista Antonio Obando Sánchez se mantuvo hasta el último día de su vida con una ilusión enorme por concretar los sueños que desde su infancia había acariciado y que se le negaban de manera persistente.

Fue de los diez condenados a muerte por el gobierno de Ubico acusados de ser comunistas y un verdadero milagro le salvó la vida y en vez de enfrentar al paredón, como pasó con algunos de los que también recibieron idéntica condena, terminó refundido en la vieja penitenciaría situada en donde hoy está el Centro Cívico. Don Tonito había iniciado su lucha cívica cuando como obrero formó parte del levantamiento contra Estrada Cabrera y me comentaba que habían estado hombro con hombro junto a mi abuelo en el fiero combate de la semana trágica que precedió a la caída del tirano. Recordaba claramente cómo desde las alturas de lo que hoy es el Puente del Ferrocarril de la séptima avenida, conocido como Puente de la Penitenciaría, disparaban ambos contra las tropas leales al tirano que lo defendían en La Palma.

Enemigo de las dictaduras, el ubiquismo también le provocó a luchar por la libertad y terminó siendo condenado a muerte. Hoy publico el volante que se difundió en aquellos días, señalando a los que habían sido sentenciados por los tribunales para ser pasados por las armas.

Y en recuerdo a su memoria y, sobre todo, a ese entusiasmo inagotable y esa fe que perduró hasta el último de sus días motivando sus luchas para construir una Guatemala más justa e incluyente, hoy que cumpliría 101 años recuerdo a ese viejo amigo que tantas lecciones de honradez y dignidad prodigó a lo largo de su vida”.

En el artículo publicado se pueden ver las fotos de los 10 condenados a muerte, entre ellos Antonio Obando Sánchez, con un título que dice “Los diez comunistas condenados por los tribunales militares”, y un subtítulo que señala la fecha “Mes de febrero de 1932.- Sentencia del Consejo de Guerra, fecha 9 y confirmada por Corte Marcial con fecha 14”.



Antonio Obando Sánchez (derecha) con Miguel Mármol en El Salvador, poco antes de su muerte, en 1994. Fotografía de Arturo Albizures.

Sonia Oliva

Oriental, aguerrida, de un pueblo de Zacapa, quien a mediados de la década de los setenta tendría 26 años bien vividos, y un hijo que cargaba de un lado para otro y a quien le puso de nombre Pavel, uno de los principales personajes en la novela "La Madre", de Máximo Gorki, que años atrás le había impresionado.

Hija de campesinos, le tocaba hacer los oficios de su casa, pues sus padres se habían separado y ella tenía que encargarse de todo el quehacer. Desde pequeña le llamó la atención el estudio, pues no quería quedarse refundida en el campo; por eso, a los trece años había sacado la primaria y al mismo tiempo había llegado al límite de lo que podía hacer en ese pueblo... y decidió trasladarse a la capital con el apoyo de una tía quien, desde su llegada, le dio mal trato, le consiguió un trabajo, pero no le permitía ir a la escuela. Tal como ella lo cuenta: "Yo admiraba a las jóvenes que iban a la escuela todos los días, tenían tanta suerte... ¡Ay, cómo quería estudiar!, pero ella no me dejaba por todo el trabajo de la casa".

En la ciudad capital y en esa búsqueda de independencia, la fue a parar a una casa de huéspedes, ubicada en las cercanías del Hospital General, en donde convivía con otras jóvenes que, por diversas circunstancias, habían abandonado su hogar. Entre ellas se encontraba una prima de uno de los dirigentes de la CNT quien, embarazada, paró viviendo sola mientras esperaba el nacimiento de su hija, ante la incompreensión de sus padres y hermanos que le dieron la espalda. Con ella y otras compartía sus penas y alegrías mientras continuaba sus estudios en un establecimiento público nocturno.

La amiga de ella, Norma Judith, recuerda esos tiempos cuando compartió con Sonia: "Cuando yo la conocí, usaba el cabello largo, era sensible y muy extravertida. A mí me regaló una sobrecama para tapar a mi hija, que todavía tengo guardada, que sobrevive al igual que ella. Cuando nació mi hija, ella se quedó en un catre y me dio su cama. La Sonia fue siempre súper dialpelo, solidaria, se quitaba el bocado de la boca para dárselo a uno. En la casa de huéspedes en donde vivíamos, siempre nos habló del movimiento sindical y nos decía '¡puta muchá!, si todos participáramos no estaríamos tan jodidos'. Ella peleaba por la gente, no por ella. Se comunicaba con

sus padres, parece que tenía buena relación con ellos. El libro de La Madre, me lo comentó y lloramos juntas”.

Entonces trabajaba en un supermercado como cajera, trabajo que después dejaría para entrar a la fábrica de tejidos ACRICASA, sin dejar la relación con estudiantes de secundaria, con quienes había hecho *buenas amigas* y donde había participado en el equipo de básquetbol, pero también en las protestas que reivindicaban mobiliario para las aulas.

Afortunadamente, su padre comprendió la situación y le ayudó para comprar lo indispensable y que se pasara a compartir casa con una amiga que le sirvió de consuelo en sus momentos de angustia y soledad. Nada podía detenerla en su mirar hacia al futuro, no tenía, como se dice popularmente, *chucho que le ladrara* o como le dijo ella a Deborah Levenson: “No había nadie en casa para detenerme, no había esposo, madre, padre, suegra, suegro. Estaba sola”.⁶

Cuando uno escucha las reflexiones de Sonia al enfrentarse con la realidad de la fábrica, reafirma que los obreros no tienen necesidad de leer a los clásicos de la teoría del socialismo y el comunismo, para entender la explotación en el mundo del trabajo y la lucha de clases en las relaciones de poder. En la entrevista que diera Sonia a Deborah Levenson esto queda claro y sirve de reflexión a los obreros y obreras de hoy. “Lo primero que me sorprendió de ACRICASA (la fábrica a donde llegó a trabajar), fue la forma en que trataban a las máquinas. Las máquinas, que son las máquinas, recibían atención médica las 24 horas del día. ¿Quiénes eran sus doctores? Los mecánicos. ¿Y sus medicinas? Piezas nuevas, aceite, reparaciones. Tenían todo lo que necesitaban para funcionar las 24 horas al día sin problemas ni fallas, pero nosotros no. Una máquina se descomponía y un mecánico venía corriendo en segundos. ¿Se da cuenta de la diferencia? La máquina tenía todo, la gente nada. ¡Y las máquinas no tenían implementos de seguridad para la gente! Por ejemplo, no había luces de aviso en las máquinas, y un día un mecánico estaba trabajando en una y una compañera que no lo vio la encendió y el

⁶ Levenson Deborah, “Sindicalistas contra el Terror”, ciudad de Guatemala, 1954-1985. Serie Autores Invitados No. 15, Instituto Avanco, octubre 2007

perdió todos sus dedos. Ella nunca dejó de sentirse terriblemente mal, pero no fue su culpa. Y luego había unos tanques de agua hirviendo y uno se rompió y el agua le cayó encima a un tipo. Lo agarramos y le tiramos agua fría. Me sentí desesperada y le grité al japonés ¡haga algo! Y él dijo '¡Voy a llamar a una ambulancia!' y yo le contesté, ¡no, eso va a llevar demasiado tiempo! Primero había que conseguir línea –y los teléfonos en realidad no funcionan en Guatemala– y luego estaba la posibilidad de que si se lograba comunicar al hospital no hubiera una ambulancia disponible. Así que le dije que se llevara al compañero inmediatamente en el carro de la compañía, cosa que se hizo al rato, pero no de inmediato.”

Sonia, pero también Elizabeth Osorio, otra de sus amigas y compañeras de trabajo y de lucha, eran ese tipo de líderes naturales, como la arcilla en bruto que el escultor toma en sus manos y poco a poco la va convirtiendo en una obra de arte. Así pasó con ella, y varias compañeras, que después fueron secuestradas y desaparecidas, que se fraguaron en la lucha, se fueron convirtiendo en dirigentes y lo dieron todo por su clase.

Fueron principalmente mujeres de ACRICASA las que irrumpieron de golpe en la CNT pidiendo asesoría para formar su sindicato, entre ellas Sonia Oliva, quien le sacó canas verdes a los japoneses dueños de la fábrica y que, abrumada por la persecución y después de haber sido secuestrada y amenazada, fue conminada a salir del país. Abandonó Guatemala para salvar su vida y la de su hijo, pero nunca abandonó la lucha.

Para entender cómo fue la lucha en ACRICASA y el papel que las mujeres jugaron, entre ellas Sonia, hay que leer el libro de Deborah Levenson editado por AVANCSO que recoge parte de su historia personal. “Yo estaba embarazada cuando la compañía por fin empezó a negociar (el Pacto Colectivo de Trabajo) –finales del 76-, y seguimos con los paros durante las negociaciones --ni siquiera recuerdo por qué--. Para hacer presión sobre algunos temas, supongo. Una noche, el turno nocturno hizo una pequeña huelga (un paro de labores), yo tenía como seis meses de embarazo. Me fui corriendo a la fábrica –yo estaba en el turno de día-- y tuve que saltar la pared, y había un enorme reflector que alumbraba el patio.

Era como una cárcel. Tuve que esperar a que se moviera para saltar al patio y correr a la fábrica. La pared era alta y pudo haberme pasado algo, pero no fue así.”

Sonia era y ha de seguir siendo, una persona firme, a veces parecía muy dura, muy cortante en sus expresiones, pero muy humana, muy solidaria, y estaba convencida de su lucha. Muchas veces esa convicción no le permitía medir las consecuencias de su actuar, exponiéndose ella misma y a su hijo, que era todo para ella y quien hoy debe tener 29 años, mientras ella cruza los 56 y vive con los recuerdos y la nostalgia del país por el cual luchó y hoy se hunde en la violencia.

Ese coraje lo recoge Deborah en la entrevista: “Luego de que por fin se firmó el pacto, la compañía violó la mayoría de los acuerdos, incluyendo el de la guardería. Pavel (el hijo de Sonia) acababa de nacer y, cuando acababa de salir de la maternidad del hospital, alguien fue a mi casa a decirme que en la fábrica estaban en huelga. ¿En huelga? –pregunté—. ¿Por qué en huelga? Así que tomé a Pavel, tenía como dos días de nacido o algo así y nos fuimos para allá corriendo. Todos vitorearon cuando nos aparecimos.”

“La primera noche llegaron los antimotines y yo tenía miedo de que hicieran algo, como tirar bombas de gas lacrimógeno y Pavel estaba adentro conmigo, el gas lo podía haber matado. No sabía qué hacer, si enfrentarme a la policía o cuidar a Pavel. Alguien de la CNT vino para cuidar a mi hijo, pero los antimotines tenían rodeado el lugar muy estrechamente y no dejaron que nadie entrara. Entonces uno de los *compas*, el que se encargaba de la caldera, dijo ‘tengo la caldera encendida. Si los antimotines entran, voy a volar toda la fábrica’. Esto sí que era una amenaza, porque toda la cuadra hubiera volado, así que los chinos⁷ (los propietarios) dijeron ‘No, no, no’, y nosotros dijimos ‘sí, sí, sí. O los antimotines se van o nos morimos todos juntos’. Entonces, los chinos le dijeron al pelotón que se fuera. Fue algo dramático”.

⁷ Se refiere a los japoneses dueños de la fábrica ACRICASA.

Parece de película, pero así eran las trabajadoras de ACRICASA; ellas, las mujeres, representaban un 85 ó 90 por ciento del personal, pero hacían temblar a los empresarios, como lo hicieron los de CAVISA, la fábrica de vidrio en donde los trabajadores libraron grandes luchas, o como los de la Coca Cola que han escrito muchas páginas en la historia del sindicalismo.

De Sonia Oliva hay mucho qué decir, mucho qué hablar. Primero llegó a Costa Rica con su hijo a cuestas. Y después se trasladó a Estados Unidos, en donde vive actualmente. Durante algún tiempo estuvo involucrada con ACAFADE, la Asociación Centroamericana de Familiares de Desaparecidos, y regresó a Guatemala. Visitó a varios amigos y recordó con nostalgia tiempos idos. Se volvió a ir. Pavel, que pudo haber muerto en medio de las luchas de su madre, le acompaña. Ella lo dio a luz, lo forjó y, desde sus entrañas, le enseñó cómo hay que enfrentar la vida.



Manuel René Polanco Salguero

Hay noches en que la luna deja caer su luz con violencia y el corazón queda atrapado sin poder huir hacia la oscuridad donde vive el olvido...

Manuel René nació en Santa Catarina Mita, el 7 de noviembre de 1947, hijo de Justina de Jesús Salguero, quien se dedicaba a la atención de la casa y la familia, y de Manuel Polanco, zapatero. Tuvo 2 hermanas y 4 hermanos. Contrajo matrimonio en 1971 con Berta González, con quien tuvo una hija y un hijo.

Doña Justina y sus 7 hijas e hijos migraron a la ciudad capital al morir su esposo. Manuel tenía 12 años. La familia Palma, amiga de siempre, les apoyó en un inicio y Manuel entró a trabajar como dependiente en una farmacia. Después trabajó en la farmacia Iriarte, ubicada en la 7ª avenida de la zona 9. Hizo sus primeros estudios en la escuela de Santa Catarina Mita. Estudió el bachillerato en la jornada nocturna en el colegio María Auxiliadora de esta capital. Ahí conoció a Sor Carmen, la directora del colegio, a quien quiso y admiró mucho. En recuerdo a ella le puso a su hija el nombre de María del Carmen.

Desde chiquito se daba sus escapadas a jugar pelota. De mayor, el fútbol fue su deporte. Le fascinaba. Dejaba de ir a comer por ir a jugar. Su equipo se llamó María Auxiliadora –del mismo colegio donde estudió–. Los del equipo llegaban a sus casas todos enlodados, disfrutaban el domingo. Paseó mucho por los departamentos y también conoció El Salvador. “Esa persona fue activa, ¡fue la alegría de la casa!”. Cuando se acercaba la celebración del cumpleaños de las sobrinas o los sobrinos era al primero que llamaban para organizar la piñata. Fue activo y daba agilidad a las cosas. Así era también para andar en la calle.

Después de 5 años de noviazgo, en 1971 contrajo matrimonio con Berta González. Tuvieron una hija y un hijo. Recuerda Berta: “lo conocí en la casa de una pareja en la que él tenía un gimnasio y ella una casa de modas. Somos compadres. Son los padrinos de mi hijo Manuel. Iba a entrenar y yo trabajaba ahí como modista. Fue un esposo excelente. Cositas siempre hay, es natural. Pero para mí no quedó nada qué sentir de él. Un esposo que nunca lo hubiera vuelto

a conseguir, amoroso conmigo y con su familia. Fue como un papá para sus hermanas y hermanos, a pesar de que fue uno de los más pequeños. Responsable en su hogar y en el hogar de sus padres. Vivimos en la misma casa, pero cada quien aparte, en su lugar”.

Le gustaba la música de los Tigres del Norte y Vicente Fernández. Sus canciones preferidas fueron las de “Son tus perjúmenes mujer” y el “La banda del carro rojo”. Por lo regular, casi todas las comidas le gustaban. Pero, en especial el revolcado, las carnitas y las tiras con tortillitas bien calientes y un traguito.

Cuenta Berta que “tenía mucha amistad con los compañeros de trabajo. Se daba sus desaparecidas todo el día. Yo me apenaba. A veces eran las 10:00 de la noche y ni señas de él. De repente se aparecía, se echaban sus tragos, se iban al puerto. Me venía lleno de arena. Creo que se metían al mar vestidos. Yo afligida, hasta llorando. A mi suegra la hacía yo que saliéramos a ver a la calle que por qué no venía. De repente se asomaba, algo bolo o como fuera y ya me calmaba. Tenía días en que con el grupo de compañeros se ponían de acuerdo en llevar a las esposas a cenar y a bailar. Era poco para bailar pero cuando se echaba un su traguito, ya se animaba...”

Cuando empezó a trabajar en Prensa Libre era cobrador de las suscripciones. Iba a las 2:00 de la mañana a traer periódico para ir a repartir a las zonas 15, 10 y 9. Desempeñaba dos trabajos. Comenta su esposa: “era peligroso trabajar de madrugada. Ya me lo habían seguido. Una vez que salió a las 2:00 am, agarró para el trabajo por la Aguilar Batres. Atrás de él iba un carro que se le puso enfrente, entonces como él iba rápido, voló por encima del carro y cayó por allá. La moto por el otro lado. Así que a saber cómo hizo Dios para que Manuel estuviera consciente y a puras penas caminara dos cuadras a donde vivía el cuñado. Le fue a hablar todo golpeado. Porque sí se golpeó bien y la moto se deshizo y el del carro se fue. Pero ya lo hicieron con intención. Tantos recuerdos tristes pero, también tantos recuerdos alegres. A mí me quedó mucha alegría”. “Ya estando en el trabajo de Prensa Libre, ahí empezó la lucha social. Los compañeros reconocieron que cómo era él de decidido a las cosas. Ahí empezó la lucha. Lo que yo sé es que tenían el

sindicato de Prensa Libre. Fue el Secretario General. Ese terrible día tenían una actividad de la cooperativa de la empresa. Habían quedado a cierta hora, pero cuando él llegó no había ninguno. Él, pensando que ellos estaban allá, en la CNT, los fue a buscar. Y sucedió... Él estaba entregado en defender los derechos de los compañeros”.

“Cuando me casé seguí trabajando. Cuando tenía ya a los hijos, él me dijo que me dedicara a los patojos y dejé de trabajar. Cuando sucedió el problema este, entonces me vi obligada a trabajar en la calle. Mis hijos se quedaron de siete años el varón y de cinco la niña. Hoy los dos están trabajando. Conseguí trabajo de modista. La señora, la patrona, me tomó cariño; estuve seis años. Por medio de otra compañera que conocía me jaló a una empresa grande, a una maquila. De esta maquila me trasladé a otra, pero ya a la sección de diseños, de muestras, que se iban a los Estados Unidos. Dejé de trabajar hace 4 años a petición de mi hija para que le cuide a mis nietos”. “A veces pienso, a veces digo, yo tal vez de tanto ver (porque fui a ver cosas feas), a saber si no entre ellos estaba... pero no creo, ni que una no conociera bien a las personas, ¿verdad? Cuando converso con mis hijos, a veces les digo: ¡cuánto diera yo porque su papá los viniera a encontrar así! Pero con tanto tiempo ya no es posible... No creo que los tengan allí por tanto tiempo, por 25 años. O a lo mejor les dieron un golpe en la cabeza que les hizo olvidar completamente quiénes son y andan por allí, es lo que a veces piensa una, ¿verdad?”

“Hablé personalmente con las autoridades: con Donaldo, con Valiente, con Chupina y no recuerdo con quiénes más. Al segundo día de lo que sucedió, fui con Valiente y ¿qué me dijo?: que me despreocupara porque él con alguna mujer andaba a la orilla de la playa. Eso fue lo que me dijo. Yo seguí buscando... con otros y lo mismo...”

“Pasé penas con mis hijos. A la semana se ganaba Q.25.00 y con el descuento del IGSS Q.20.00 Pero los saqué adelante. A pesar de los sacrificios, ahí están. Personas de bien, trabajadoras y honestas. Pero esto es conquista mía, porque lo hice sola, sin ayuda.”



Pedro Quevedo y Quevedo

Alto, fornido, campechano, me parece verlo aún con su sombrero de petate inclinado hacia atrás, que complementaba su aspecto oriental. Tenía un carácter del diablo, que lo hizo parar muchas veces en el hospital. Era incapaz de discutir mucho con los empresarios sin violentarse y somatarles la mesa en exigencia del respeto a los derechos de los trabajadores. Los empresarios le temían hasta el pánico y trataban de impedir su presencia en las reuniones de discusión. Los trabajadores, por su parte, le querían, lo respetaban y lo seguían. Era un dirigente nato.

Pedro era de esos tipos arriesgados, valiente, decidido para emprender las misiones más difíciles o incluso para amenazar a los mismos empresarios con retorcerles el cuello cuando pretendíamos lograr algún objetivo. Cuando cayó asesinado tenía 37 años y era el Secretario de Finanzas del sindicato, pero había sido su primer cargo Secretario General. En la práctica, otros compañeros ocuparon su puesto, pero para los trabajadores él continuó siendo su principal dirigente.

No era un orador, ni un agitador de esos que lanzan consignas por altoparlante, era un simple obrero, hasta cierto punto altanero y consciente de su fuerza física que la usaba para servir a su clase en los momentos en que era necesario. Los obreros lo seguían por su ejemplo y firmeza de carácter. Pocas veces tomaba la palabra en las asambleas generales, pero cuando se trataba de actuar, ahí estaba Pedro, siempre dispuesto a dar ideas y a recibir órdenes. En una oportunidad nos propusimos hacer una acción de protesta en el Parque Central de la ciudad de Guatemala y acordamos utilizar los camiones de reparto, para que con mantas dieran vueltas alrededor del parque mientras otros realizábamos una manifestación. La policía rodeó el parque, impidió el ingreso de los camiones y fue únicamente Pedro el que logró atravesar la valla de policías. En esa oportunidad fue detenido con todo y camión.

En varias manifestaciones y en los momentos más difíciles, Pedro estuvo a la par mía, sin que yo se lo pidiera, para servir de "guardaespaldas" porque, como él decía, "la cosa está jodida y no debe andar solo". En 1976, cuando la policía invadió la fábrica y sacó a golpes a los trabajadores, Quevedo fue de los resistieron hasta el

final, lanzando bofetadas a los policías que intentaban agarrarlo. Fueron necesarios cinco o seis policías para doblegar al que fue el último de la resistencia interna en la fábrica. Ya herido en la cabeza y manando sangre, fue arrastrado hasta el carro policiaco. Lo llevaron al hospital y de allí a la cárcel, de donde salió más fortalecido para emprender nuevas batallas en contra de los empresarios. Una vez más se demostraba al servicio de quién estaban las fuerzas de seguridad.

Durante el conflicto estuvo en tres ocasiones en las mazmorras carcelarias, pero nunca se oyó de él el más mínimo desaliento; por el contrario, era un convencido de la causa y convencía a los demás de la capacidad que como obreros teníamos de doblegar a los empresarios.

En una oportunidad Pedro se encontraba pegando propaganda contra la empresa en los camiones de reparto. Después de haber pegado afiches en varios de ellos, se acercó a un camión que manejaba un “culebra” --así llamados quienes se prestaban a las maniobras de los empresarios-- y, cuando iba a pegar el afiche, el trabajador se le acercó y le dijo que él no permitía propaganda en “su camión”. Quevedo lo volteó a ver, sonrió y con la tranquilidad que en algunos momentos le caracterizaba, untó más engrudo en el afiche y le preguntó que si de verdad no permitiría que se colocara el afiche en su camión. El trabajador dijo que no e intentó impedirselo. Por toda respuesta Quevedo lo tomó del cuello y le estampó el afiche en plena cara. Así era él, violento y callado, de muy pocas palabras pero de mucha acción. No participaba en las discusiones con los empresarios, justificándose con que “los puedo hacer mierda” y, ciertamente, no los toleraba y en muchas ocasiones los mismos asesores recomendaban que se abstuviera de participar. Pero cuando el caso ameritaba, se le solicitaba su presencia y él se preparaba para entrar en combate.

Sus compromisos familiares como padre de dos adolescentes no le impidieron el cumplimiento de sus obligaciones sindicales ni el compromiso con su clase, a la que sirvió hasta el sacrificio de su propia vida. Con Pedro Quevedo y Quevedo, no fue sólo el sindicato de Trabajadores de Embotelladora Guatemalteca quien perdió a uno

de sus queridos dirigentes; fue, indudablemente, la clase obrera guatemalteca la que perdió a uno de sus futuros conductores con clara conciencia de clase, a quien los trabajadores empezaban a seguir por intuición. Hoy el complejo deportivo La Amistad, construido por los trabajadores en terrenos de la empresa, lleva justamente el nombre de Pedro Quevedo y fotos y placas mantienen viva su memoria e ideales.



Rodolfo Ramírez

Rodolfo Ramírez no había llegado al medio siglo de edad, tenía 49 años, al igual que su esposa Andrea Rodríguez de Ramírez, cuando ambos fueron sorprendidos por esbirros del régimen del General Romeo Lucas García, que descargaron sus armas sobre ellos. Él era un dirigente sindical, ella una ama de casa que venía de la industria de la costura.

Cuando tenían 24 años, pues ambos nacieron en 1931, unieron sus vidas y procrearon, con los sacrificios que representa para una familia pobre, a 9 hijos: 4 mujeres y 5 hombres, a quienes Rodolfo exigía, ante todo, estudiar para ser útiles en la vida. De golpe, quedaron en la orfandad y sufrieron la persecución después de la muerte de sus padres. Por esa época, el mayor, tendría veinticinco años y el menor de ellos ocho.

Rodolfo nació en San Agustín Acasaguastlán, departamento del Progreso, y llegó a la ciudad de Guatemala cuando apenas alcanzaba la mayoría de edad, quizás desesperado por la situación económica, pues era hijo de madre soltera y el único sobreviviente de cinco hermanos. Su madre era una mujer campesina, que hacía de todo para sobrevivir: cocinaba, limpiaba casas, compraba frutas en su pueblo y las traía a vender a la capital. Apenas sabía distinguir algunas palabras en los diarios y distinguir las letras de su nombre. El padre de Rodolfo era un exmarinero mercante, casa-teniente de Puerto Barrios, que nunca llegó a reconocerle como hijo y se dedicaba a atender sus pequeños apartamentos en una calle de aquel lugar, y a criar abejas para producir miel y cuidar su diabetes. Andrea, su esposa, había nacido en Palencia, departamento de Guatemala, y emigrado a la capital, en donde se encontraron para no separarse más.

Nuestro padre, dice Armando, "era poco para hablar de sí mismo; supimos que llegó a la ciudad de Guatemala cuando tenía 18 años y que no sabía leer ni escribir y que, para sobrevivir, empezó a trabajar como aprendiz de carpintero. Ya siendo mayor de edad, aprendió a leer y a escribir en un programa de educación para adultos. Después estudió fotografía por correspondencia, a lo que se dedicaba los domingos, solía ir con sus amigos a tomar fotos en el parque central, las que él mismo revelaba para venderlas y tener ingresos extras".

En su afán por superarse, hizo varios cursos de calificación profesional que impartía el Ministerio de Trabajo: electricidad, albañilería y ebanistería. A comienzos de 1960 recibió un crédito del programa de "Esfuerzo propio y ayuda mutua", en el que los trabajadores hacían ellos mismos sus casas y recibían un crédito a 20 años para pagar los materiales.

Según Armando, "fue en esa época en la que al parecer empezó su actividad sindical, cuando los trabajadores se enfrentaron a la constructora DELTA reivindicando sus derechos y él terminó en la calle... fue despedido. Eso lo obligó a poner su propio taller en la casa. Prácticamente, todo lo que era de madera en la casa era hecho por él. Además amplió la casa para acomodar a toda la familia, que era numerosa y que, por tiempos, incluía a las abuelas materna y paterna".

Sus hijos aseguran que en su juventud conllevó una extraña mezcla de religiosidad e interés intelectual. Era miembro de varias hermandades religiosas a las que solía devotamente llevar a todos sus hijos para la Semana Santa. Posiblemente por ese entonces comenzó a relacionarse con el sindicalismo religioso. En su vocación autodidacta leía muchos libros de toda clase, de filósofos americanos, de religiosos, de poetas. Luego empezó a conocer los libros de anarcosindicalistas y al mismo tiempo de Marta Harnacker.

Entre su familia Rodolfo se destacó por ser un ejemplo de disciplina, responsabilidad y esfuerzo, cuyo recuerdo guarda Armando, quien en varias oportunidades le acompañó, pues "aunque se hubiera tomado unos trabajos extras por la tarde y en la noche, al volver de agotadoras jornadas, en las que tuve la oportunidad de acompañarlo, siempre a las 7 de la mañana del día siguiente, lo veíamos peinado y bañado, listo para ir a su puesto de trabajo".

Rodolfo era un convencido del sindicalismo como herramienta de lucha de los trabajadores, y estaba consciente de que eso lo ponía en primera fila, pero estaba allí. Poco después de su asesinato, sus compañeros de lucha explicaron que, tras conocerse que su nombre estaba en una de las listas de sentenciados a muerte por el régimen, él rechazó salir del país, ante el temor de que si lo hacía, los

militares decidieran cobrar venganza contra su esposa e hijos, como ya había sucedido con otros sindicalistas.

Uno de sus hijos dice que su padre “siempre buscó enseñarnos con el ejemplo, sin discursos, y los hermanos mayores, así como nuestra madre, por turnos, lo acompañamos en algunos de los viajes que realizaba a diversas regiones del país.

Rodolfo era Secretario General del Sindicato de Albañiles y Similares de Guatemala, y de la Federación Autónoma Sindical de Guatemala (FASGUA), que a su vez era integrante del Comité Ejecutivo del Comité Nacional de Unidad Sindical (CNUS), principal organismo unitario de los trabajadores, del cual él fue uno de sus fundadores. Fue representante de los trabajadores de la construcción ante la Federación Latinoamericana de la Edificación, la Madera y la Construcción (FLEMACON), y también representó a FASGUA ante el Comité de Unidad Sindical de Centroamérica (CUSCA) y ante el Congreso Permanente de Trabajadores de América Latina (CPUSTAL). En varias ocasiones asumió la representación ante la Federación Sindical Mundial (FSM).

Tenía más de 20 años de actividad sindical y era uno de los que atendía organizaciones campesinas de la región del río Polochic, en Alta Verapaz, que luchaban por su derecho a la tierra. Según informaciones que en su momento dieron los dirigentes de la FASGUA, en 1977 y 1978, Rodolfo fue advertido por terratenientes de esa región que sería ejecutado si continuaba llegando. Se mencionó el nombre de uno ellos de apellido Champán. El 29 de mayo de 1978, más de cien campesinos fueron masacrados en Panzós, cuando acudieron a una convocatoria para resolver el conflicto de tierras que tenían, región que había estado atendiendo Rodolfo y en donde la problemática de la tierra provocaba serios conflictos y la actitud de los finqueros era sumamente violenta.

Rodolfo fue uno de los fundadores del Comité Nacional de Unidad Sindical, un esfuerzo unitario que se concretó en la segunda mitad de la década de los setenta, cuando las diferentes expresiones sindicales se unieron para hacerle frente a la situación del país. Ese paso no fue fácil, pues las diferencias ideológicas prevalecían y

Rodolfo pertenecía a la expresión sindical relacionada con los países socialistas, y la otra expresión más importante se relacionaba con el sindicalismo cristiano. Pero los delegados de las diferentes expresiones, como el caso de Rodolfo, dieron muestra de apertura y antepusieron los intereses de los trabajadores y del país, a las diferencias ideológicas.

Todavía en marzo de 1980 se realizó una importante reunión de análisis de la situación, en la cual estuvo presente Rodolfo, consciente del peligro que corría pero no se planteaba la salida del país porque quería seguir aportando al proceso y sosteniendo ese movimiento sindical que se encontraba en la encrucijada con la desaparición y muerte de varios sindicalistas. Fue una reunión de la dirigencia del CNUS, tensa por la persecución que se sufría en esa época, pero a pesar de los riesgos que representaba, Rodolfo estuvo presente aportando en el análisis y determinaciones que se tomaron.

El testimonio de Armando Ramírez, que hoy tiene la edad de su padre en el momento de su muerte, nos remonta a esos acontecimientos que vivieron. “Una unidad comando del Ejército guatemalteco asesinó a nuestros padres, Rodolfo Ramírez y Andrea Rodríguez de Ramírez. El 15 de abril de 1980, cerca de las 22:00 horas, nuestros padres, acompañados de uno de los hermanos menores, volvían del centro de la ciudad. Mi hermano se bajó para abrir la malla que servía de portón; en ese momento dos automóviles les bloquearon el paso encerrándolos y varios individuos con vestimenta característica del oriente del país, dispararon sus armas calibre 45, contra el rostro y el pecho de ambos.

Mi padre murió de inmediato tras decir: “Ahora sí, Andrea”. Ella logró abrir los ojos e intentó decir algo a los hermanos que se acercaron a ellos, tras escuchar los disparos. Mi hermano que les acompañaba tenía en esa época 15 años y por suerte se salvó; fue amenazado por los atacantes, quienes le dijeron que se callara o ellos regresarían por él. Un automóvil con hombres armados en su interior, permaneció varios minutos a unos metros de nuestro domicilio.

De momento, por el impacto de la acción tan brutal e inhumana en contra de nuestros padres, nos quedamos semiatontados, semiparalizados. Sólo después, al sobreponernos un poco, pudimos llamar al cuerpo de bomberos voluntarios, quienes se presentaron, luego de 30 minutos de la solicitud, sin sirena y sin luz de emergencia. Unos 45 minutos después, se presentaron integrantes de una unidad de asalto de la policía, conocidos como Swat, quienes se rieron de la posición en que quedaron nuestros padres y, cuando uno de los hermanos pidió que se retiraran, respondieron con amenazas y sólo se fueron tras la intervención de los vecinos”.

La versión del Gobierno guatemalteco fue publicada en el Diario El Gráfico del 17 de abril, en donde aseguró que se carecía de testigos y se ignoraba el calibre de los proyectiles que se dispararon contra nuestros padres. Los cascabillos habían quedado regados en el lugar del crimen; eran calibre 45, de uso exclusivo del ejército. Los voceros de los bomberos negaron información a los periodistas "por órdenes superiores”.

Después del crimen, la vida se hizo insoportable para los 9 hijos. La persecución se inició desde el mismo día del asesinato. Según relatan: “Cuando esperábamos en la morgue los cuerpos de nuestros padres y nos dirigimos a una cafetería del lugar, fuimos vigilados por dos individuos que se conducían en una motocicleta. El día del sepelio, la sede de FASGUA, ubicada en la 2ª Av. entre 10ª y 11 calles de la zona 1, fue objeto de una fuerte vigilancia. Por teléfono, desconocidos preguntaban con insistencia por los hijos de los asesinados, en especial por quien había visto el ataque. Al responder, sólo se escuchaba la respiración de quien se encontraba en la línea, sin decir palabra alguna. En la marcha fúnebre fuimos acosados por un contingente de antimotines. Se hizo insoportable nuestra estancia en Guatemala por la zozobra que nos generaban las múltiples intimidaciones recibidas. Finalmente, el 22 de mayo de 1980, un mes con 7 días después de la tragedia, salimos hacia Costa Rica bajo la protección de la embajada de Venezuela en Guatemala”.

Los hermanos y hermanas Ramírez Rodríguez, continúan en el exilio en diferentes países de Europa y América, donde han decidido

permanecer hasta tanto continúe la impunidad en Guatemala y en espera que algún día se haga justicia y se juzgue a los responsables del asesinato de sus padres.

El caso fue denunciado el 17 de noviembre de 1980 a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), que bajo el expediente 7,585 recomendó al Gobierno de Guatemala investigar los hechos. El crimen continúa sin ser esclarecido por parte de las autoridades y quienes elaboraron y ejecutaron la estrategia contrainsurgente, que incluyó el asesinato de Rodolfo Ramírez y Andrea Rodríguez de Ramírez, han participado en los gobiernos civiles que se han sucedido desde 1986 e incluso han llegado al Congreso de la República o caminan por las calles de Guatemala sin que les caiga el peso de la justicia. Hasta el momento las posibilidades reales de lograr justicia y castigo a los responsables por medio de los tribunales guatemaltecos continúan siendo nulas.

A pesar de todo, estos asesinatos no aparecen en los informes Guatemala Nunca Más, de la Iglesia Católica, ni en Guatemala Memoria del Silencio, de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH).



Siempre fue para su familia
un ejemplo de disciplina,
responsabilidad y esfuerzo.



No toda distancia es ausencia, Rodolfo estará siempre presente.



Álvaro René Sosa Ramos

Álvaro René Sosa Ramos nació el 16 de septiembre de 1950 en la ciudad capital, hijo de José Sosa y Cristina Ramos, ambos obreros.

Álvaro tiene actualmente 58 años, ha sido técnico en refrigeración y estuvo casado con Enma Ruth Meza, desde 1973 hasta su secuestro y salida del país como refugiado. Con ella procreó a sus hijos Álvaro Clodoaldo Sosa Meza y Emerson René Sosa Meza, quienes al momento de su secuestro tenían nueve y seis años de edad, respectivamente.

Posteriormente, en 1985 se juntó con Aura Mercedes Flores Álvarez, con quien procreó a sus hijas Nadia Citlaly Sosa Flores e Iskra Renée Sosa Flores, con quienes vivió como refugiado en México hasta 1998, cuando toda la familia se trasladó a vivir a Guatemala.

El once de marzo de mil novecientos ochenta y cuatro fue un día trágico para Álvaro René Sosa Ramos y su familia, pues a eso de las once de la mañana, cuando caminaba por los campos del Roosevelt, zona once de la ciudad capital, fue interceptado por unos doce o quince hombres fuertemente armados, vestidos de particular, que se conducían en tres vehículos polarizados. Cuando se le atravesaron no supo qué hacer, lo tomaron por la fuerza, le amarraron de pies y manos y le colocaron una capucha en la cara. Uno de los carros era un volvo azul, otro color beige tipo microbús Mitsubishi y una panel blanca, a la cual lo introdujeron.

En ese momento no sabía qué sería de él. Otros de sus compañeros sindicalistas habían sido secuestrados o asesinados. Por todos los medios quería reconocer el rumbo a donde le llevaban; aun cuando tenía puesta la capucha, un indicio de lo que le pasaría lo tuvo al escuchar una comunicación por radio transmisor de sus secuestradores: "llevamos al enfermo a la clínica".

Según recuerda, el recorrido fue como de veinte minutos y al llegar a un lugar desconocido para él le quitaron la capucha; pudo observar que se trataba de una casa común y corriente, pero que tenía las ventanas selladas por dentro, con madera. Sosa Ramos escuchó que había otras personas, posiblemente secuestradas, en el interior de las habitaciones.

Inmediatamente después le dijeron que tenía que informar todo lo que sabía y que debería hacerlo en el término de una hora o, de lo contrario, empezarían las torturas. Querían que aceptara pertenecer a la guerrilla y que además entregara información de personas que conocía. Al momento de su captura era Secretario de Organización del Sindicato de Trabajadores de la Distribuidora de Productos Diana, de El Salvador, y Secretario Adjunto de la Central Nacional de Trabajadores, conocida como la CNT.

Sus secuestradores le mostraron a Amancio Villatoro, quien era Secretario General del Sindicato de la Fábrica Adams y quien había sido secuestrado el treinta y uno de enero de ese mismo año, cuya captura habían hecho pública los demás sindicatos por medio de la prensa.

Sosa Ramos negó tener información y a partir de ese momento empezaron a torturarlo. En principio le dieron patadas y latigazos, después le hicieron quemadas con cigarro. No conformes con ello, lo colgaron de los pies con la cabeza hacia abajo, usando una especie de garrocha y le dieron choques eléctricos en todo el cuerpo. Además, para que sus gritos no se oyeran en el exterior ni en los otros espacios, fue amordazado con un poncho en la boca.

Su primera noche la pasó con fiebre y, en todo ese tiempo, no le dieron nada de líquido. Tuvo pesadillas y, para que dejara de gritar, le dieron un puntapié. En la madrugada del siguiente día, aproximadamente entre cuatro y cinco de la mañana, escuchó la corneta con la que despierta a los soldados en los cuarteles. Eso lo hizo pensar que se encontraba dentro de un cuartel militar, a pesar de que la casa dentro de la que estaba, era normal y corriente, posiblemente acondicionada para mantener presos políticos.

El doce de marzo, Sosa Ramos le contó a uno de sus secuestradores que tenía un contacto con un compañero el martes trece a la una de la tarde en la zona nueve. Esto era falso, pero intentaría fugarse e introducirse a la embajada de Bélgica, ubicada en la doce calle entre avenida La Reforma y séptima avenida de la zona nueve. Recordaba el detalle de la embajada porque en alguna oportunidad había notado la casa grande con una gran bandera,

habiéndole preguntado a quien le acompañaba qué lugar era ése y recibió la respuesta de que era la embajada de Bélgica. Álvaro no conocía ninguna embajada, por eso el detalle fue importante en el momento de angustia.

Cuando eran aproximadamente las nueve de la mañana del trece de marzo, sus captores salieron a secuestrar a otra persona y llevaron a Silvio Matricardi Salam, dirigente magisterial. Pronto empezaron a torturarlo y llegó un momento en que los carearon preguntando a uno y otro si lo conocía, pero ambos lo negaron.

Como a las once de la mañana los secuestradores sacaron a Sosa Ramos a la calle para ir a ver el supuesto contacto, sin percatarse de que en la dirección que les había dado estaba la embajada de Bélgica. Lo llevaron en tres vehículos, los mismos que utilizaron cuando lo secuestraron. Al estar a la altura de la escuela federal de la zona doce, le quitaron la capucha, advirtiéndole que lo hacían con la condición de que señalara a quién conocía en el camino.

Supo la hora cuando uno de los secuestradores le dijo a su jefe que antes de llevarlo a la zona nueve tenían que ir a capturar a un campesino en la zona doce, y que faltaba una hora y treinta minutos para que se diera el supuesto encuentro con el compañero de Sosa Ramos.

Al llegar a la doce calle, donde supuestamente Sosa Ramos iba a señalar cuál era su compañero, dieron una vuelta por la cuadra sin que él señalara a nadie. Sosa Ramos necesitaba esa primera vuelta para ver, sin que sus secuestradores notaran, cómo estaba el tráfico y la posibilidad de poder efectivamente entrar a la embajada. Con la rapidez con la que pasaron por la embajada no pudo ver lo que necesitaba y les dijo que dieran otra vuelta, porque su compañero posiblemente se había retrasado. Los secuestradores le advirtieron que era la última vez y que si no había nada de lo que les había dicho, que se considerara hombre muerto.

En la segunda vuelta Álvaro les dijo que su compañero estaba en la calle, al mismo tiempo que iban varios niños y algunas señoritas. Era tanto el afán por capturar o secuestrar, que no repararon que él no

había mencionado que su contacto fuera una señorita o niño, sino supuestamente un hombre.

Del vehículo en donde lo llevaban descendieron dos individuos, del Mitsubishi que iba adelante descendieron tres, así como del Volvo que iba atrás, otros tres. Todos al mismo tiempo se encaminaron a secuestrar a las dos señoritas que iban juntas platicando, quienes, al verse rodeadas, empezaron a dar gritos, lo cual llamó la atención en los alrededores y el resto de los secuestradores se concentraron en lo que hacían sus compañeros de secuestro.

En ese momento, Sosa Ramos aprovechó para hacer su primer intento de fuga, pero uno de los secuestradores se percató y le sujetó del brazo, diciéndole: “¿te quieres fugar?”, y él respondió que sólo quería observar.

Como cayó de espaldas, pudo ver que existía otra puerta corrediza en la otra parte lateral de la panel y decidió intentar fugarse de nuevo. Con las puntas de los dedos, logró bajar la manecilla y la puerta del vehículo se abrió. Ahí fue cuando aprovechó a escapar, impulsándose hacia afuera. Empezó la carrera hacia la embajada de Bélgica. Todo fue tan rápido que los custodios del Volvo que estaban atrás no reaccionaron de inmediato al pasarles enfrente, lo cual le permitió sacar varios metros de ventaja.

Cuando saltó la puerta de la entrada cayó de cabeza del lado del jardín de la embajada. Se incorporó y siguió corriendo en dirección a la casa (que era la residencia del embajador). Sus secuestradores dispararon desde afuera y un disparo le alcanzó cuando iba a medio jardín, le entró en la pantorrilla izquierda. Esto lo hizo caer de bruces, dejando medio cuerpo levantado, situación que aprovecharon los secuestradores para acertarle otro disparo en la clavícula y otro en el hígado. Casi doblado, logró llegar a la puerta de la residencia diplomática y entró, pidiéndoles que no lo entregaran, porque lo llevaban secuestrado y que era dirigente sindical.

Sus secuestradores se acercaron por otra puerta de la residencia diplomática a solicitar la entrega de Sosa Ramos. El embajador les mostró su credencial que lo acreditaba como tal, y les contestó que

si ellos se identificaban con mucho gusto lo entregaba. Al darse cuenta de esto, los secuestradores se fueron del lugar.

Como Bélgica no tenía convenios de asilo político con Guatemala, la embajada no podía darle protección diplomática. El embajador le ofreció hacer las gestiones necesarias para que esa protección la asumiera Venezuela, que sí tenía convenios de asilo político con Guatemala. Temían que los secuestradores lo fueran a sacar del hospital para rematarlo, como sucedió con el único sobreviviente de la quema de la embajada de España en 1980.

En lo que la embajada hizo las gestiones, y como el estado de salud de Sosa Ramos era muy grave, fue asistido por el médico particular de la misión internacional. Gracias a su intervención no perdió el conocimiento hasta llegar al hospital privado Bella Aurora, donde fue intervenido quirúrgicamente de emergencia, debido principalmente a la herida en el hígado. Durante su estancia en el hospital estuvo bajo la protección diplomática de Venezuela.

El 21 de marzo de 1984, ocho días después, salió con destino a Toronto, después que Canadá le ofreció refugio político, como también lo hicieron Venezuela, Ecuador y México. Vivió en Toronto, en un apartamento asignado por el programa de refugiados. Después se trasladó con sus hijos a vivir a México y en 1998, después de la firma de la paz, volvió a Guatemala, en donde radica actualmente.

En el año 2007 el Ministerio Público mandó una carta a Sosa Ramos pidiéndole su testimonio como parte de las investigaciones de los casos en el Diario Militar. Hasta ese entonces Sosa Ramos no sabía que su caso se encontraba en el Diario Militar. Aunque había estado en el país desde 1998, no se enteró porque tampoco mantenía relación con organizaciones de derechos humanos. El estar fuera del país y como consecuencia de los efectos psicológicos que sufrió por su captura y torturas, no le había permitido dar su testimonio desde 1985. El trauma de su experiencia y el miedo que le dio pensar que sus secuestradores seguían vivos le previno de hablar libremente. Finalmente, en mayo del 2007, Sosa Ramos dio su testimonio al

Ministerio Público, sin que a la fecha se evidencie que haya avanzado algo de la investigación de su caso.

Aun con la atención que recibió el caso de Sosa Ramos en la prensa, en el reporte de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de 1985, y la divulgación y publicación del Diario Militar en 1999, su caso sigue en etapa de investigación, 25 años después de los hechos. Los autores intelectuales y materiales de este crimen de lesa humanidad no han sido sometidos a la justicia. El Estado de Guatemala ha fallado en su responsabilidad de investigar, juzgar y sancionar a los responsables de estas violaciones de derechos humanos y proteger a sus ciudadanos.

Queremos resaltar en este caso el aporte que Sosa Ramos dio al movimiento sindical en momentos difíciles que atravesaba el país; el coraje de haberse fugado de las manos de las fuerzas represivas; el aporte de su testimonio a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 1985, cuando el terror todavía campeaba en Guatemala; y la continuidad de su lucha al volver al país y servir de ejemplo a las nuevas generaciones, así como su exigencia al Ministerio Público de investigar los hechos y deducir responsabilidades a quienes lo secuestraron y torturaron.



Jorge Luis Serrano

Nació en el Departamento de Quetzaltenango el 6 de febrero de 1956, hijo de Ester Serrano. Su padre no aparece en su historia, pues los dejó desde muy temprana edad. Su madre se traslada a la capital en busca de mejores horizontes, lugar donde Jorge Luis crece. Desde su adolescencia fue muy católico y participaba activamente en las actividades de la parroquia "San José Obrero", cercana a su casa, en la colonia Quinta Samayoa de la zona 7 de la ciudad capital.

Era tal su religiosidad que llegó a ser monaguillo de la parroquia, y de lo cual se han de recordar el párroco Bernardo Sebastián y Monseñor Ramiro Pellecer, último que apoyó el desarrollo de la Juventud Obrera Cristiana. El 18 de abril de 1968 celebraba año y medio de ser monaguillo, de lo cual una vieja foto es la mejor testigo. Asimismo, otra foto lo presenta junto al padre Bernardo el 30 de septiembre de 1969. Quién iba a pensar que apenas 10 años después iba a estar envuelto en problemas laborales y mucho menos que llegara a ser uno de los dirigentes del sindicato de la fábrica Enlosados Nacionales, en donde trabajaba.

Con quien fuera su esposa, doña Sonia Juanita Hernández, se conocieron en una fiesta de 15 años, de esas que se organizan en los barrios y que la patojada aprovecha para divertirse. Ahí se inició el romance que se fundió en octubre de 1975, cuando contrajeron matrimonio y formaron la familia Serrano Hernández, procreando a dos hijos: Sonia Judith y Jorge Giovanni, quien apenas tenía 23 días de nacido el día fatal del secuestro y desaparición de Jorge.

Cuando se casaron Jorge tenía apenas 20 años, pero "era una persona responsable, dinámica, le gustaba compartir con sus amigos y familia, practicaba mucho el fútbol", según recuerda su esposa. Jorge era un padre muy cariñoso, responsable y dedicado a la familia, "él era el que llevaba a Sonia Judith al colegio Loyola y la iba a traer". Por ese tiempo ella trabajaba y, cada vez que él podía, la pasaba a traer y les llevaba a comer a un restaurante. Los fines de semana trataba de llevarlos de paseo a diferentes lugares, pero nunca les hablaba de su trabajo, del compromiso sindical que había asumido en la empresa Enlosados Nacionales.

Doña Sonia nos cuenta que antes de entrar a esa fábrica (Enlosados Nacionales), estuvo trabajando en la fábrica de carrocerías Blue Bird Centroamérica, S.A., “en donde había tenido su primera experiencia sindical”, organización que fue destruida por la parte patronal y por la actitud del Ministerio de Trabajo que trataba de favorecer en todo a los empresarios. Pero “de esas cosas no platicaba”, y tal vez era porque “en ese entonces existía mucho temor por la represión que se daba contra los sindicalistas y quizá por eso no daba detalles de las gestiones que realizaba.”

Jorge Luis formaba parte del grupo de trabajadores de la Central Nacional de Trabajadores (CNT) que habían asumido el compromiso, en medio de la represión generalizada en contra los dirigentes sindicales, de mantener encendida la llama del sindicalismo, de continuar la defensa de los derechos de los trabajadores, pues era uno de los que consideraba que no era un delito organizarse en un sindicato. Por eso asistió a la reunión en donde tratarían problemas internos de la central y donde buscarían estrategias que les permitieran mantener las organizaciones sindicales frente al ataque de los empresarios que había arreciado desde 1978, cuando el General Romeo Lucas García asumió el poder.

No eran desconocidos para él ni para los miembros de diversos sindicatos afiliados a la CNT los constantes allanamientos que se daban a la sede de la central, pero a pesar de ello estaba dispuesto a jugárselas. Era uno de esos jóvenes que empezaban a despuntar como dirigentes.

Jorge Luis Serrano estaba por cumplir 25 años, era dirigente sindical de Enlosados Nacionales y de la CNT, cuando fue secuestrado, junto a 27 sindicalistas más, el 21 de junio de 1980, en la sede de la central, ubicada en la 9ª avenida 4-29 de la zona 1, a escasas cuerdas del Palacio Nacional. En el allanamiento a la sede sindical participaron diversas fuerzas de seguridad. Ninguno de los 27 dirigentes apareció, ni se encontraron sus cadáveres. La casa tenía señales de haberse dado en su interior una lucha desigual, había sangre en las paredes y cosas quebradas. Pronto corrieron los

rumores de que se los habían llevado a la sede de la antigua Policía Militar Ambulante y después a Coatepeque.

Su madre, Esther Serrano, sufrió mucho con su desaparición, al grado que dejó de existir en 1984 cuando ya había perdido la memoria. Le había buscado en cárceles, hospitales y anfiteatros. Murió soñando con encontrar al menos sus restos para enterrarlos.

Dofia Sonia Juanita tuvo que asumir de golpe toda la responsabilidad del hogar, desde trabajar para el sostenimiento y cuidado de los hijos, hasta la búsqueda de resolver la problemática de sus estudios y su cuidado cuando ella se iba a trabajar. Ocasionalmente recibieron alguna ayuda material (no económica, sino en útiles escolares) de los sindicatos de Coca Cola, FESTRAS y la Unidad Internacional de Trabajadores de la Alimentación –UITA--.

Los hijos sufrieron mucho la desaparición del padre. Sonia Judith tenía alrededor de 4 años cuando lo desaparecieron y entre 8 y 10 años cuando se lo explicaron; aunque no entendió a cabalidad lo que había sucedido, el tener que acompañar a su mamá a las reuniones de familiares de personas detenidas desaparecidas, le fue abriendo los ojos. Jorge Giovanni era mucho más pequeño y, cuando supo lo que había pasado, generó mucho odio. Una de las mayores perversidades de la desaparición forzada es negar a los familiares la posibilidad de hacer el duelo.

El sindicato de Coca Cola y FESTRAS facilitaron la organización de las familias de los desaparecidos el 21 de junio. Sonia, la hija, recuerda que se reunían como 8 familias. “Nosotros, los hijos de los desaparecidos, nos reuníamos aparte, realizábamos actividades recreativas y tratábamos de no hablar del tema. Los encargados de facilitar estos espacios, también evadían el tema, jugaban y hacían teatro”. Pasaron los años de la adolescencia compartiendo entre ellos, posiblemente sin entender la dimensión de su orfandad, pero creciendo como una gran familia. La solidaridad y la hermandad encontrada en este espacio fueron muy beneficiosas para la mayoría, tanto de los adultos como los jóvenes.

Por otro lado, a los pocos días de haber sido secuestrados los dirigentes sindicales, un abogado se reunió con los familiares y les dijo que ellos todavía estaban vivos y que él les iba a decir dónde estaban. Sin embargo, ese abogado fue asesinado un par de días después, sin que les pudiera dar ninguna información.

A 29 años de la detención y desaparición de Jorge Luis Serrano y de los otros 26 compañeros que corrieron la misma suerte ese fatídico 21 de junio de 1980, no se ha sabido nada, pareciera que la tierra los hubiera tragado, pero para los familiares sigue viva la esperanza de saber en dónde quedaron sus restos, el porqué cometieron semejante crimen y quiénes fueron los responsables. Para su esposa y para sus hijos, la verdad es imprescindible y la justicia una responsabilidad del Estado.



Jorge Luis Serrano aparece junto a su esposa doña Sonia Juanita Hernández. La boda civil fue el 13 de octubre de 1975 y la ceremonia religiosa el 18 del mismo mes.



**Recuerdo de cuando cumplió año y medio de ser monaguillo, el 18 de abril de 1968.
Jorge Luis está en medio de los tres de atrás.**



Amancio Samuel Villatoro

Amancio nació el 11 de diciembre de 1937, en Malacatancito, Huehuetenango. Era uno de los cinco hijos de Modesto Alvarado y María Felipa de Jesús Villatoro Gramajo. Cuando Amancio tenía sólo 7 años de edad su padre falleció y quedaron huérfanos, por lo que su madre tuvo que ingeniárselas para sostener a toda la familia. Por la necesidad de sobrevivencia, a corta edad su madre lo mandó a trabajar a los cortes de café en las fincas de la región Ixil, en San Juan Cotzal, El Quiché. Por esa época una región abandonada a su suerte y de difícil acceso.

Con el tiempo emigró a la ciudad capital, en donde continuó sus estudios con muchos esfuerzos y llegó a conocer a María del Rosario Bran de Villatoro, con quien contrajo matrimonio y procrearon 5 hijos; uno de ellos falleció y cuatro aún viven y le siguen recordando. Según su hijo “además de ser obrero, fue un buen estudiante de la Universidad de San Carlos de Guatemala, un profesional, un buen hijo, un buen esposo y un ejemplar padre de tres hijos y una hija. Dedicó toda su vida a luchar por la justicia social, por los derechos de los trabajadores, campesinos, Indígenas y fue un luchador incansable por los derechos humanos de todas y todos los guatemaltecos”.

Amancio fue fundador y Secretario General del Sindicato de Trabajadores de fábrica de chicles Adams, y formó parte del Comité Nacional de Unidad Sindical (CNUS) y de la Central Nacional de Trabajadores (CNT). Su hijo Néstor considera que “por tener todas esas buenas cualidades humanitarias, de ayudar al prójimo y de luchar por la justicia social y una real y verdadera democracia representativa en Guatemala, fue condenado a la desaparición forzada, a la tortura, al sufrimiento y a morir como los grandes mártires de nuestra querida patria Guatemala”.

“Mi padre fue secuestrado el 30 de enero de 1984, durante el gobierno militar de Mejía Víctores. El sufrimiento, dolor y muerte de mi querido padre, y de miles de mártires que pensaban como él, es tan grande que jamás se puede olvidar. Mi madre, hermanos, y miles de familias que seguimos viviendo a diario el dolor y el sufrimiento de nuestros queridos familiares desaparecidos constantemente. El

legado y ejemplo que nos dejaron es de admirarse y seguirlo hasta poder ver una Guatemala mejor”.

La esposa de Amancio, doña María del Rosario, nos dice que: “Esperamos que algún día se haga justicia, y al menos podamos saber dónde están sus restos para darles una digna y cristiana sepultura. Esperamos que los culpables y responsables de tan grande dolor paguen todo el sufrimiento que han causado y se haga justicia”. Para Néstor, su hijo mayor, “Amancio Samuel Villatoro ¡vive en su esposa, en sus hijos, nietos y bisnietos, en cada campesino y obrero explotado, y en todo el pueblo de Guatemala! Amancio fue uno más de los sindicalistas que fueron víctimas del terror en Guatemala.

Según el hijo de Amancio para él es un honor conocer “a las pocas personas que quedaron con vida y que trabajaron muy de cerca con mi padre y lo conocieron bien en esos años de lucha tan difíciles y tristes para el movimiento laboral y para todo el pueblo de Guatemala, y sobre todo para mi madre, mi abuelita que en paz descansa, y nosotros sus 4 hijos y toda la familia”. Considera de suma importancia “dignificar a los que dieron todo y sacrificaron su vida por una Guatemala mejor y me siento orgulloso de ser hijo de un gran mártir como lo fue mi padre”.

Después de la muerte de su padre Néstor emigró a Estados Unidos, en donde tuvo la oportunidad de estudiar y con mucho esfuerzo y sacrificio, siguiendo el legado y ejemplo de su padre, se involucró en el movimiento sindical de ese país, en el que ya tiene más de 20 años de trabajar y en los últimos 8 años ha estado organizando y dirigiendo campañas organizativas del Sindicato más grande de Enfermeras tituladas RN'S de USA, pues es una organización que tiene más de 150,000 afiliados en todos los estados de Estados Unidos. Eso les ha facilitado el impulso de leyes de beneficio al movimiento laboral. Y, según Nery, “se proponen como objetivo crear un puente de solidaridad hacia el movimiento laboral guatemalteco”.

Con un dejo de nostalgia y enjugándose las lágrimas, nos dice doña María del Rosario, quien compartió con Amancio Villatoro penas y alegrías: “Amancio salió para una reunión sindical y ya no regresó.

Parece que lo agarraron por el lado de la 4ª avenida. Cuando fui a esperarlo al lugar donde bajaba de la camioneta llegó una panel blanca, se bajaron como ocho hombres. Ese día asaltaron la casa, nos tiraron al piso, nos amarraron a todos y se llevaron varias cosas, incluyendo dinero. Nos dejaron sin nada". El robo de pertenencias de los secuestrados y familiares se repite en varios testimonios; parece que era lo que las altas autoridades dejaban o daban como premio a quienes realizaban los operativos.

Ella, como muchos familiares de víctimas, piensa que su familiar aún vive, aunque cree que es imposible, pues lo vieron torturado, refiriéndose al testimonio de Álvaro Sosa Ramos cuando estuvo secuestrado, pero para ella sigue siendo importante "recuperar sus restos que sería como un regalo de Dios y tendría la oportunidad de darle sepultura". Aún no supera la desaparición y piensa que nunca va a hacerlo si no ve sus restos.

Para ella fue difícil la vida al quedarse sola, veía llorar a sus hijos y no sabía qué decirles. Sacarlos adelante no fue una tarea fácil, pues no contaba con los medios y al mismo tiempo la mamá de Amancio se enfermó y posteriormente ella tuvo que abandonar el país, y se trasladó a EE.UU., pues su vida había cambiado de golpe. Algunos vecinos tenían miedo, otros colaboraron con ella, pero en general le era difícil seguirse relacionando, pues le desesperaba no saber nada, seguir investigando, visitando morgues y hospitales y no tener resultados positivos. El deseo de justicia sigue presente.

El caso de Amancio Villatoro es de los pocos en los que hay un testigo como Álvaro René Sosa Ramos, que asegura que lo vio torturado en la cárcel cuando él estuvo detenido. Este testimonio lo dio al MP y ha sido también tomado por la CIDH. La señora lamenta que muchos de los conocidos no se acercaron a ella y no le ayudaron cuando más lo necesitaba. Reconoce los aportes que recibió de organizaciones sindicales como el sindicato de Cola Cola y la solidaridad que mantuvieron con ella.

El caso de Amancio Villatoro se presentó a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y es uno de los más de 180 casos que aparecen en el Diario Militar; se espera que

además de los datos que se reportan se pueda complementar con el contenido del archivo de la Policía Nacional para saber qué fue lo que pasó con él y dónde están sus restos.



Florencia Xocop Chávez

Chaparra, cara redonda, risueña, nació el 7 de noviembre de 1955 y era hija de Jacinta Chávez Canel y de Trinidad Xocop, tuvo dos hermanos. Fue capturada en el año '78 en el aeropuerto internacional La Aurora por repartir volantes de la CNT, a la cual pertenecía. El parte policial notifica que se trataba de propaganda subversiva. Este hecho se dio junto a Yolanda Urizar y Rosa María Wantland, asesoras de la CNT, quienes también pararon en la cárcel.

Florencia entró a trabajar en la fábrica ACRICASA a mediados de la década de los setenta y fue una de las impulsoras del Sindicato de Trabajadores de esa empresa, en el que ocupó diversos puestos directivos. Los hombres, siendo ínfima minoría, trataban de copar los mismos.

Escribir la semblanza de quien fuera una de las obreras militantes más destacada de la década de los setenta no es sencillo. Muchas veces las palabras no reflejan con fidelidad la vida de una persona como Florencia, quien se desarrolló en medio del torbellino de la muerte y del más importante auge del movimiento sindical, después de 1944. Así se forjó Florencia rompiendo parámetros, sobreponiéndose a ser aplastada por la crítica y defendiendo sus derechos como mujer y como trabajadora explotada, pero además, enfrentando la marginación que sufren quienes, como ella, llegan del campo a la ciudad para abrirse paso con sus rasgos y apellido indígenas.

Florencia fue de las mujeres que hizo de la transformación del mundo la razón de su vida, y contribuyó a derrumbar muros que parecían infranqueables, pero se lo propuso. Quizá esa fue la mayor virtud de Florencia, tomar con optimismo la vida y a través de su risa que pocas veces le faltaba, expresar la dimensión de un espacio abierto, feliz y libre.

Cuando se piensa en rescatar de la memoria algunos de los rasgos de compañeros y compañeras caídas en la lucha como Florencia, los recuerdos salen como impulsados por sí mismos y aparece Florencia con un grupo de trabajadoras de ACRICASA atravesando el umbral de la Central Nacional de Trabajadores (CNT), en donde escasos 6

años después de su primer ingreso, sería detenida y desaparecida. Ese largo corredor de la sede y ese salón de formación en donde estuvo miles de veces, hablan por sí solos de la calidad humana de la dirigente que despuntaba a finales de la década de los setenta.

Los japoneses, principales inversionistas de la fábrica ACRICASA, sólo conocían la ley de la ganancia y sólo la expresión colectiva de los y las trabajadoras podía hacerles entender que quienes hacían posible su capital eran seres humanos que merecían respeto, salario y trato justos. Ellos en su lógica interna de ganancia hacían caso omiso de las diferencias de género; mujeres y hombres valían en razón de la productividad de su trabajo. Por eso las subestimaron a pesar de que representaban un 90% de la fuerza laboral; pero fueron esas mujeres las más aguerridas en defensa de sus derechos, y entre ellas estaba Florencia Xocop quien, no sin burla, expresaba su desprecio por ese dios sin rostro del capital, pero que tenía la cara de hombres japoneses que lo representaban. Junto a Florencia Xocop varias mujeres de ACRICASA merecen un monumento

La determinación se le veía en los ojos, era valiente, severa, muy dueña de sí, tenía la elocuencia en sus gestos y en sus manos que no sólo fueron creadoras, sino fueron la forma de comunicarse con sus semejantes. Llegó a tener una posición de clase definida que se dio paralela al enfrentamiento de los grandes riesgos de la época. En la fábrica, como una de las dirigentes principales del sindicato, generó movilizaciones para defender la organización sindical y llegar a la discusión de un Pacto Colectivo de Condiciones de Trabajo. Esas acciones desembocaron, en más de una ocasión, en la toma de la planta. Florencia, como figura visible de esos movimientos, sufrió, como otros miembros del sindicato, la persecución y el acoso de pistoleros.

Rápidamente entendió que su militancia obrera no podía reducirse al límite de las paredes de su centro laboral, y que los objetivos y las conquistas históricas de los trabajadores no estaban puestos sobre una bandeja de plata. En 1978, acosada por la persecución y amenazas, Florencia renunció al trabajo en ACRICASA porque los horarios fijos no le permitían tomar medidas de seguridad. Se incorporó de lleno al trabajo de la CNT y desarrolló el trabajo en el

departamento de Organización. A partir de ahí fue responsable de asesorar a los sindicatos del sector Petapa: Látex, Aceros y Esmaltes, ACRICASA, Helenoplast, Induplastic y Vicks.

Posteriormente fue delegada de la CNT ante el Comité Nacional de Unidad Sindical (CNUS), en donde adquirió un mayor desarrollo político del que había adquirido en la central. Las diferencias que se expresaban entre las principales centrales sindicales en el interior del CNUS partían de la base de que el diálogo no era posible, sino se desarrollaba dentro de los límites de la propia posición de clase, de la propia fe. Fuera de estos límites era como estar desprotegido de la armadura mística que daba la seguridad de estar al lado de la "verdad". De estos criterios se sustentaba el sectarismo, y los dirigentes que lo estimulaban hacían uso de frases cortas y manoseadas: "Nosotros nos basamos en los principios proletarios", "somos la organización más fuerte", "no hay quién desarrolle tanta actividad como nosotros". Como la gran mayoría de compañeros, Florencia, en cierta forma reprodujo esa dinámica, pensando que luchaba contra tendencias incorrectas, sin hacer una valoración de la situación imperante que exigía la unidad granítica de la clase obrera en sus diferentes expresiones.

La influencia marcada de una expresión revolucionaria, a la que optó cuando los espacios político sindicales se habían cerrado, no le permitió abrir su pensamiento e incidir en otro tipo de posiciones porque el seguidismo se imponía y no le permitía un análisis serio junto a sus compañeros y compañeras de clase para poner toda su capacidad y entusiasmo en el fortalecimiento e impulso de un movimiento sindical y popular unificado.

El 1 de mayo de 1980 se desfiló bajo la consigna de "derrocar a Lucas e instaurar un gobierno revolucionario, popular y democrático". Fue Florencia una de las que la gritaba la consigna una y otra vez, y que en el fondo la mayoría de obreros y campesinos deseábamos porque el Estado había mostrado hasta la saciedad su rostro terrorífico, pero no había lineamientos del cómo y con qué era posible alcanzar ese objetivo. En el seno de la central obrera se vivían momentos complicados y se postergaba el cuestionamiento porque se vivía la cultura del dogma, y habían personas que se

consideraban seres superdotados e infalibles que pensaban por los demás. Ese ambiente de penumbras a menudo provocaba tropiezos. Florencia era de las que más energía mostraba por salir adelante. Cuando la ola de terror levantó su muro, los sindicalistas trataban de no chocar contra él, pero había quienes, guiadas o guiados por el voluntarismo, promovían la elevación del ánimo de la gente, de organizar eventos, de atraer compañeros sin medir las consecuencias de la utilización de sedes como la de CNT, sobre la cual se mantenía un férreo control.

En medio de la lucha política y la ascendente confrontación con los enemigos de clase, hacían que la vida de Florencia transcurriera con la intensidad de los ríos de invierno; cualquier hoja que caía en su turbulencia era arrastrada por la densidad de su corriente, que también agitaba la fibra de sus pasiones. La febrilidad de esos días le impidió a Florencia reflexionar sobre su condición de mujer, o si tuvo alguna idea fue parte de sus reflexiones íntimas. En todo caso ella se abrió paso ejerciendo sus derechos y haciendo de su trabajo un espacio que el tiempo no ha podido estrechar. Fue temperamental. Hacía uso de la firmeza de carácter para hacer valer su posición. No reparaba demasiado en las dificultades, la vida la había moldeado a tomar como cotidianos los problemas, y éstos no fueron causa suficiente para dejar de sonreír.

Según Rafael Herrarte, quien bajo el seudónimo de José Roberto Ríos, escribió la semblanza de Florencia en la revista Otra Guatemala, y que convivió con ella en momentos difíciles, nos cuenta que “a finales de mayo de 1980, con Florencia esperábamos a un abogado de la CNT. Sentados en la acera de una casa, sus ojos estaban fijos en las gotas de agua que se desprendían del cielo. En un punto de su concentración me reveló tener preocupaciones que no se sujetaban a su mandato. Ahora entiendo que eran premoniciones que se comunicaban con ella, poniendo al descubierto la actitud consciente de sus actos. Florencia en carne propia sabía las consecuencias de desafiar al sistema y muy claro tenía su papel como luchadora social. Inmediatamente su intranquilidad activó su casta de rebelde, de indoblegable, y dijo que estaría en lo que hacía hasta lo último y lo hizo sin conocer límites”.

El 21 de junio de 1980, Florencia fue secuestrada y posteriormente desaparecida con 26 sindicalistas más. Desde ese momento nuestra conciencia viaja tratando de precisar el lugar donde se encuentran, tratando de percibir su huella en el presente. Nos reconforta saber que Florencia y los demás compañeros no encontraron límite a su compromiso. No dudamos que hay y habrá muchas Florencias ocupando el lugar de los caídos y desaparecidos, pues eso nos habla de la enorme energía social y ansias de cambio que sigue manteniendo el pueblo. Junto con ella también cayó Sara Cabrera Flores, quien era la Secretaria General del Sindicato de ACRICASA y estaba esperando a su primer hijo. Sonia Alesio, del Sindicato de Vicks VapoRub; Cristina Yolanda Cabrera, del Sindicato de Induplastic; Hilda Carlota Pérez Méndez, Irma Candelaria Pérez Osorio. Es decir, hay una ofrenda, una entrega de las mujeres sindicalistas guatemaltecas al proceso que hoy vivimos, difícil y complicado, pero con otro tipo de espacios políticos.

Desgraciadamente el movimiento sindical y popular vuelve a repetir los mismos ciclos: Se reorganiza con grandes dificultades y potencialidades, para luego empantanarse en luchas sectarias. De sobra la historia y los golpes que nos han dado nos han demostrado a qué camino lleva la división. En la actualidad seguimos comprobando cómo el hegemonismo, la manipulación, la injuria y hasta el chantaje se siguen haciendo presentes, aun cuando el mundo procede a entablar un nuevo tipo de relaciones más tolerantes y plurales. Estamos seguros de que también en nuestra patria, más temprano que tarde, esas tendencias serán dominantes, porque expresan el contenido de las transformaciones que requiere Guatemala, para que surja la otra Guatemala que anhelamos.

Mujeres como Florencia, con todas sus cualidades y defectos, hay pocas, pero seguirá siendo un ejemplo de entrega y sacrificio a las generaciones futuras de sindicalistas, pues a pesar de la derrota, de la sangre derramada, hay muchas mujeres y hombres que retoman las banderas y que en condiciones difíciles siguen empujando el carro de la historia. Es este un homenaje a Florencia Xocop, pero extendido a las valientes mujeres de ACRICASA, de Helenoplast y

de otros sindicatos y sectores sociales, que ofrendaron su vida por la otra Guatemala.⁸

Entrevista a Rosa María Wantland sobre su amiga y compañera Florencia Xocop

¿Cómo recuerda a Florencia?

Era de un hermoso pelo largo muy negro y brillante, marco perfecto a su rostro moreno en el cual resaltaban dos ojos negros cuya mirada, a veces traviesa, otras retadora, pero siempre curiosa, atisbaba el futuro. Es la primera imagen que llega a mi memoria cuando la recuerdo.

Siempre le dije que me encantaba su nombre, que incluso me hubiera gustado llamarme así, pues "Florencia" me sonaba a historia, a obras magníficas y misterio, al mismo tiempo que a campo, a frescura y sensualidad. Se reía y movía la cabeza agitando la cabellera, sobre todo cuando llevaba el pelo suelto, recién lavado; sabía que era uno de sus atractivos y lo lucía. Luego en las carreras cotidianas lo recogía en un moño o cola; para que "no me puedan agarrar de allí", decía.

Le gustaba cantar, tenía una voz potente que igual sonaba fuerte gritando consignas en las manifestaciones, como dulce y combativa cantando las canciones de la revolución nicaragüense, de la nueva trova y las que se hacían en torno a las huelgas y luchas sindicales, le encantaba "Que es el Fal" y la canción de "Las Municiones" creo así se llamaba, de Carlos Mejía Godoy, o bien tarareando "Te recuerdo Amanda, la calle mojada... la sonrisa... donde lo esperabas... con él, con él, con él..."

⁸ Esta semblanza fue realizada tomando como base la semblanza escrita por Rafael Herrarte, aparecida en la Revista Otra Guatemala, Año 3, Número 12, México, D.F., agosto 1990, con el seudónimo de José Antonio Ríos, de quien hemos obtenido la debida autorización para revelar el verdadero nombre del autor y hacer las adaptaciones necesarias.

Las jornadas de trabajo y convivencia en la CNT nos llevaron a compartir muchas cosas, claro que luego de superar las desconfianzas derivadas de nuestras distintas proveniencias, extracción o como se le quiera llamar, la cuestión es que logramos acercarnos bastante.

¿Cómo venció esas desconfianzas?

Un hecho que nos acercó y marcó la relación de compañeras – amigas - mujeres fue el haber sido capturadas juntas con Yolanda Aguilar en el aeropuerto, el 20 de abril de 1979, a raíz de acompañar al “Chinito” (Pavel), hijo de Sonia Oliva y Miguel Cifuentes, quien junto a su papá salía al exilio hacia Costa Rica, luego de que su mamá, Secretaria General del Sindicato de ACRICASA, había tenido que salir urgentemente del país después de haber sido secuestrada y amenazada de muerte. El niño viajaba junto a su papá, también amenazado de muerte por ser dirigente del sindicato de TACASA, quien lo llevaba a reunirse con ella.

Pensamos en denunciar el hecho a través de boletines del CNUS, CNT y de los Sindicatos ACRICASA y TACASA, en los cuales se hacía ver que en el “Año internacional del niño”, un niño debía salir al exilio por la represión contra el movimiento sindical.

Ese día entre las dos o tres de la tarde fuimos al aeropuerto varias personas, compañeros y compañeras de diversos sindicatos y de la CNT, llevábamos los boletines de denuncia. Al llegar, Yolanda y Florencia se pusieron a repartir los boletines, yo me fui a ver si los “Chinos” ya habían subido al avión y estaban sin novedad, por lo que me quedé en la puerta del corredor de abordaje esperando que un periodista me confirmara si lograba verlos, por lo que todavía tenía los boletines que me había tocado repartir, creo eran los del CNUS. En esas estaba, cuando una persona, un hombre me tocó el hombro y me dijo, “parece que a sus compañeras las están capturando”. Al darme vuelta vi 4 ó 5 hombres vestidos de particular que rodeaban a Florencia y a Yoly; estaban discutiendo. Casi instintivamente, sin pensarlo, le pedí favor que me detuviera el paquete de boletines y me acerqué al grupo, los hombres (seguramente policías judiciales) les decían que tenían que llevarlas con ellos porque un niño les

quería hablar. Yoly les preguntaba quiénes eran ellos y cuál era el nombre del niño y no respondían.

Florencia les decía que no estaban haciendo nada malo más que ejercer un derecho y que no tenían que ir con ellos. Viendo la resistencia, los hombres dijeron que las llevarían por las buenas o las malas, que sólo era un rato y que pronto regresarían, entonces aproveché para intervenir y les dije que si necesitaban yo podía cuidarles sus cosas mientras regresaban, pensando especialmente en la bolsa de Yoly, en la cual yo sabía que ella llevaba varias cosas que no convenía encontraran los policías. Yoly puso su bolsa en un sillón al lado de donde estaba parada e inmediatamente los hombres las llevaron hacia la parte de abajo del aeropuerto, al primer nivel por donde se salía cuando se llegaba de viaje, en el cual en un rincón había una oficina que tenía un rótulo que decía "Interpol".

Cuando se fueron, varios compañeros que estaban pendientes se acercaron, recuerdo a Orlando del transporte urbano y a Bernardo de Incasa, también estaba Eluvia, la compañera secretaria de la CNT. Ellos habían visto todo; entonces les entregué la bolsa de Yoly y mi bolsa, así como las llaves de mi carro, sólo me quedé con mi cédula y les dije que se fueran a avisar a la CNT lo que había pasado.

Me quedé en la sala de espera, una persona me regaló unas monedas de cinco centavos para llamar desde un teléfono público y empezando a marcar el número de la CNT estaba cuando los mismos hombres regresaron y me dijeron que yo también los tenía que acompañar. Pues nuevamente se dio el intercambio de quiénes eran, qué querían, quién era yo y por qué los tenía que acompañar, etc...., recibiendo la misma respuesta: nos acompaña por las buenas o las malas, agregando "allá están sus compañeras, esperándola." Pensando que era mejor bajar caminando que arrastrada, porque ya me tenían agarrada de un brazo, les dije que los acompañaría, pero que no me tocaran, que me soltaran, y aprovechando ese mismo momento, me puse a gritar: "yo me llamo Rosa María Wantland, soy asesora jurídica de la CNT, si no aparezco estos hombres son los responsables..." Y por supuesto que ya no me dejaron decir nada más. Al bajar me llevaron a la oficina en la que decía "Interpol", en una banquita en la entrada estaban sentadas Florencia y Yolanda.

Casi nos reímos al reencontrarnos. Luego de verificar mis datos personales, ya los tenían, sólo me preguntaban para confirmar y preguntarme sobre dónde había dejado el carro y con quiénes había estado hablando arriba, a lo cual no respondí. Me sacaron a sentar a la misma banca con Yoly y Florencia. Preguntamos por qué no nos podíamos ir, qué iban a hacer con nosotras, pedimos que nos dejaran llamar a nuestra familia, etc., a lo que nos respondían que ya nos llegarían a traer.

¿De que les acusaban, qué pasó con los boletines?

En esas estábamos, hablando de los boletines, cuando veo que los hombres que nos capturaron traían agarrado al señor que me avisó lo de Florencia y Yoly y me había detenido los boletines. Lo capturaron precisamente por los boletines. En cuanto le pude hablar me disculpé y le pedí que dijera la verdad, que yo le había dado los boletines; me dijo que no me preocupara, que él entendía la situación.

Estando sentadas en la banca, vimos que en el segundo nivel en la baranda estaba Bernardo, quien no se había ido con los demás y estaba viéndonos; empezamos a hacerle señales para que se fuera, porque había varios judiciales y "orejas" que subían y bajaban reportando lo que pasaba arriba. Entre ellos estaba un joven con uniforme de lustrador y una mujer joven, blanca, de ojos verdes, muy arreglada, llevaba una falda café y un pañuelito atado al cuello. Ella le decía a los hombres que nos habían capturado "vayan arriba a traer a un hombre de camisa café con flores celestes que estaba hablando con ella". Se refería a Bernardo cuando le había dado las bolsas y las llaves del carro; escuchándola Yoly le dijo: "¡qué trabajo más pura mierda el de oreja!", por lo que la mujer le dijo a uno de los hombres "¿ya oíste lo que me dijo? Ya sabes qué hacer con ellas..." Esta amenaza ya nos puso más en la realidad, empezamos a comentar que nos podrían desaparecer, matar, etc., por lo que Florencia, que era de Organización de la CNT y del CNUS, se puso a revisar su bolsa y disimuladamente arrancaba hojitas de su agenda, en las que tenía notas de reuniones de la comisión, visitas a sindicatos, asambleas, etc. y nos las repartía para que las comiéramos; estuvimos tragando en seco por doble motivo, porque

no teníamos agua y por los nervios. Pero hasta en esas circunstancias nos reímos y comentábamos que “mala onda que del aeropuerto, por lo menos de una manifestación o una huelga...” y reafirmábamos nuestra convicción de que pasara lo que pasara “no suplicar, no dar información, no mostrar miedo o temor”.

¿A dónde las llevaron?

Aproximadamente a las 5:00 de la tarde llegó un carro BMW blanco, con placas de EE.UU., que se pegó a la puerta de vidrio de salida del aeropuerto, del cual bajaron dos tipos, uno de ellos con un marcado estilo militar, blanco, algo chaparro, pelo corto castaño, guayabera de manga corta color beige y pantalón claro; el otro, el que manejaba, era moreno, alto, pantalón azul y camisa celeste con azul, marca “Catalina”. Nos sacaron junto al señor de los boletines y nos sentaron a los 4 en el sillón de atrás. Salimos por el Boulevard Liberación y dijimos en voz baja “nos llevan a la salida a El Salvador para ‘ya sabemos qué...’”. En ese momento me alegré de haberme quedado con mi cédula, la que llevaba escondida entre mi ropa interior, para que me pudieran identificar..., pero dieron la vuelta en el Obelisco y agarraron hacia La Reforma en dirección a la zona 1, por lo que no pude dejar de comentar “quién me iba a decir que yo pasaría por acá con esta compañía...”. El hombre blanco se volvió y nos dijo: “Sí, ahora se quejan, pero por qué le tocan los huevos al león, ustedes son mujeres, deberían estar cuidando hijos, no que allí está --señalando a Florencia--, vos ibas gritando en el entierro de Meme Balán, ‘¿Quién secuestra, tortura y asesina?’”..., a lo que las tres, sin ponernos de acuerdo, contestamos en coro: “¡Donald, Lucas y Chupina!...” El hombre reaccionó fuerte gritando “¡ya ven, ya ven... a mí me dolería mucho tener que hacerles algo, porque son mujeres, pero se lo buscan, no saben ni a qué se meten; vos --nuevamente dirigiéndose a Florencia-- tenés familia, dedícate a trabajar, ¿no te das cuenta que te están utilizando?, los asesores jurídicos son los verdaderos comunistas, ellos te embrocán y allí vas de carne de cañón en las manifestaciones, yo te he visto!”. Florencia se rio y nos dijo bajito: “estamos jodidas, yo quemada y ustedes ... también”, lo que provocó más risas nuestras. El señor de los boletines, sólo nos miraba, yo creo que más afligido cada vez.

Y, al final, ¿qué pasó?

La historia sigue, es un poco más larga, acotaré diciendo que finalmente nos llevaron a la sede de la Judicial, nos tuvieron allí toda la noche, pero como a las 12 de la noche nos llamaron a la oficina de Valiente Téllez. Allí estaba Irma Flaquer, quien había logrado entrar y exigía vernos para saber cómo estábamos. Le dijimos que estábamos bien, nos dijo que mucha gente se estaba preocupando por nosotras y que llevaría nuestras noticias a los compañeros.

Su visita fue un gran consuelo y la tomamos como señal de que ya no nos podrían desaparecer así nomás, porque Irma ya había comprobado que ellos nos tenían; por otro lado, el saber que a escasos cien metros estaban los compañeros desvelándose igual que nosotras, preocupados y organizando una campaña para sacarnos, nos fortalecía y hacía sentir calorcito en nuestro corazón (la sede de la CNT estaba en la 9ª Av. 4-29 zona 1 y la Judicial estaba a un costado de la Iglesia Santa Teresa, pasando la cuarta calle y 9ª Av.)

Como a las 3:00 de la mañana nos sacaron caminando de la Judicial y nos llevaron a la vecindad, a Santa Teresa, la cárcel de mujeres que quedaba al lado, donde estuvimos 3 días. Se quedó solo "el señor de los boletines"; me preocupó mucho lo que pudiera pasarle, no recuerdo su nombre, pero los compañeros hicieron gestiones para obtener su libertad, aunque después supe que fue a parar a Pavón y logró salir varios días después que nosotras.

Y después ¿qué?

Después de esta experiencia nuestra relación con Florencia fue más cercana, incluso cuando se podía nos escapábamos a descansar aunque fuera un día a una casa que un amigo tenía en la orilla del lago de Amatitlán y allí, en la noche, tiradas sobre la grama, con Silvio o los Mejía Godoy de fondo, tomándonos una cerveza, viendo la luna y las estrellas, nos hacíamos confidencias acerca de quiénes nos gustaban o con quiénes nos gustaría tal cosa... para concluir comentando el susto que nos llevamos cuando la Yoly dijo aquello

de “¡qué pura mierda el trabajo de oreja!”, y entre carcajadas decíamos “de la que nos escapamos”.

Nota: Es increíble lo que duele recordar tantos hechos, lo que atraviesa por la mente, la nostalgia que provoca y los sentimientos contradictorios que se cruzan. Rosa María fue una de las abogadas de la CNT. Casi todos los que menciona murieron posteriormente y sigue preguntándose, ¿por qué ellas y ellos? ¿Por qué no yo?

Bibliografía

Albizures, Miguel Ángel, *“Ixtahuacán: la marcha de la dignidad”*, en: Revista Otra Guatemala, Número 1, México, D.F., noviembre 1987.

Albizures, Miguel Ángel, *“Semblanzas Pedro Quevedo y Quevedo, Mario López Larrave a 10 años de distancia”*, en: Revista Otra Guatemala, Número Cero, México, D.F., agosto 1987.

Albizures, Miguel Ángel, *“Sindicalismo retoma las banderas”*, en: Revista Otra Guatemala, Año 1, Número 2, México, D.F., febrero 1988.

Albizures, Miguel Ángel, TIEMPO DE SUDOR Y LUCHA, tercera edición, Sindicato de Trabajadores de la Embotelladora Central, S.A., Guatemala, agosto 2001.

Cardoza, José Alberto, *“Un primero de mayo tras las rejas”*, en: Revista Otra Guatemala, Año 3, Número 10, México, D.F., enero-febrero 1990.

Comisión para el Esclarecimiento Histórico, GUATEMALA MEMORIA DEL SILENCIO, Guatemala, 1999.

Grupo “Hace 25 años, ¿vos dónde estabas?”, VOCES QUE CUENTAN, MEMORIA NUESTRA, Guatemala 2006.

Levenson, Deborah, SINDICALISTAS CONTRA EL TERROR. Ciudad de Guatemala 1954-1985, AVANCSO, Autores Invitados No. 15, Guatemala, octubre 2007.

López Larrave, Mario, BREVE HISTORIA DEL MOVIMIENTO SINDICAL GUATEMALTECO, Sindicato de Trabajadores de la Compañía Guatemalteca INCATECU, Guatemala, agosto 1975.

López Larrave, Mario, INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DEL DERECHO PROCESAL DEL TRABAJO GUATEMALTECO, Asociación de Estudiantes El Derecho, Guatemala, 1978.

Obando Sánchez, Antonio, MEMORIAS. La historia del movimiento obrero, Editorial Universitaria, Guatemala, 7 noviembre 1978.

Ríos, José Antonio, *“Semblanza José Luis Jácome Pinto”*, en: Revista Otra Guatemala, Año 2, Número 6, México D.F., abril 1989.

Ríos, José Antonio, *“Semblanzas Florencia Xocop, obrera indoblegable”*, en: Revista Otra Guatemala, Año 3, Número 12, México, D.F., agosto 1990.

Ruano Najarro, Edgar, **COMUNISMO Y MOVIMIENTO OBRERO EN LA VIDA DE ANTONIO OBANDO SANCHEZ 1922-1932**, Ediciones Del Pensativo, Colección Sajorines, Guatemala, 2007.

